

# Palabra

REVISTA CULTURAL  
AGOSTO 2024 | NÚMERO 33

## ZARABANDA

Una novela de  
fantasía épica

Por Gabriel Trujillo Muñoz



**ANTÁRTIDA** de Fabián Espejel,  
Premio de Poesía Aguascalientes 2023,  
por Jorge Ruiz Dueñas

EDICIÓN DE

*el Vigía*



## EDITORIAL

### La magia no es un juego

Son nuestras mismísimas palabras, pero en mano de un maestro —“la magia en ebullición” de un escritor—. Con las enunciaciones continuadas por el deseo de decir y dejar el vestigio de su saber, Gabriel Trujillo Muñoz realiza una lectura reflexiva de su novela *Zarabanda. El reino de las nubes* (Planeta, 2024).

A partir de ella, el autor nos ofrece un universo que va de los poderes ancestrales, enfrentándose entre sí y devastando el mundo... “donde la esperanza es encarnada por las personas menos esperadas: los primos Yosef y Arlinda” descendientes de un poderoso linaje, así como la “archimaga Arminia”, una poderosa y rebelde hechicera que intenta por todos los medios que la paz regrese al reino.

Ubicada en una época donde “coinciden magos y ladrones de caminos, brujas y hechiceros, criaturas terribles y maravillosas, fuerzas antiguas y poderes nuevos, hierbas curativas y hombres yesca”, es indudable que lo principal es que surge de un escritor con experiencia, de un poeta y conocido narrador que ya ha hecho crecer y resplandecer el género.

Un documento de autor que, sin lugar a duda, bien acompaña la lectura de *Zarabanda. El reino de las nubes*.

En este número de **Palabra** incluimos la especial reseña del escritor Jorge Ruiz Dueñas sobre Fabián Espejel, autor de *Antártida* y Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023; también encontrará artículos, opiniones, reportajes y, para los amantes del género, un cuento de la escritora Jazmín Félix. ¡Enhorabuena!

R.S.

## ÍNDICE

<i>Zarabanda</i> : Una novela de fantasía épica / <b>Gabriel Trujillo Muñoz</b>	págs. 3 a 5
Andy Warhol y el atentado contra Trump / <b>Iliana Hernández</b>	págs. 6 y 7
Cozarinsky y el derecho a la venganza / <b>Alberto Manguel</b>	pág. 8
<i>En ausencia de guerra</i> / <b>Edgardo Cozarinsky</b>	pág. 9
Tijuana siempre tendrá quien la reescriba / <b>Eduardo Cruz Vázquez</b>	págs. 10 y 11
<i>Antártida</i> / <b>Jorge Ruiz Dueñas</b>	págs. 12 y 13
La sociedad mundial externalizante / <b>Fernando Mancillas Treviño</b>	págs. 14 y 15
La conquista / <b>Jazmín Félix</b>	págs. 16 a 21
Salman Rushdie: Meditaciones sobre el falso ángel de la muerte / <b>Rael Salvador</b>	págs. 22 y 23
Querido lector (a) / <b>Carlos Velázquez</b>	pág. 24

Agosto 2024 / Número 33

# Palabra

REVISTA CULTURAL

*el Vigía*

**Director General**  
Arturo López Juan

**Director de Información**  
Enhoc Santoyo Cid

**Director Editorial**  
Gerardo Sánchez García

**Gerente Administrativo**  
Alfredo Tapia Burgoin

**Coordinadora de Publicidad**  
Ma. Del Socorro Encarnación Osuna

**Coordinadora de El Vigía Digital**  
Sandra Ibarra Anaya

**Editor PALABRA**  
Rael Salvador

**Corrector**  
Manuel Quintero

**Diseño Editorial**  
Arturo Corpus

**Fotografía**  
Enrique Botello

### Colaboradores

Carlos Mongar, Sergio Gómez Montero, Gabriel Trujillo Muñoz, Federico Campbell (+), Daniel Salinas Basave, Leobardo Sarabia, Santiago M. Zarria, Manuel Quintero, Enrique Botello, Héctor García M., Óscar Ángeles Reyes, Fernando Mancillas, Iliana Hernández, Ruth Gámez, Herandy Rojas, Carlos-Blas Galindo, Alberto Manguel, Jeanette Sánchez, Martín Caparrós, Alfonso Lorenzana, Eduardo Cruz Vázquez, Eric Rodríguez Ochoa, Juan Arnau, Jorge Ruiz Dueñas, Carlos Velázquez, Víctor Manuel Gruel Sánchez y Jazmín Félix.

### Corresponsales en el extranjero

Ferdinando Scianna (Italia); Cony Mollet-Sigüenza (Francia); Ramón Ángel Acevedo, “Rakar” (Chile); Patrick Liotta (Argentina); Héctor García Mejía (Los Ángeles).

**Corresponsal en Tijuana**  
Enrique A. Velasco Santana

Av. López Mateos, No. 1875. Ensenada, B. C. México.

**Teléfonos para publicidad:** 120.55.55, extensión 1023.

**Palabra no responde a colaboraciones no solicitadas ni asume como propias las opiniones de sus columnistas y comentaristas. La opinión de la revista literaria se encuentra reflejada en su editorial.**

Todas las imágenes y fotografías que aparecen en la presente edición son utilizadas con fines informativos. El equipo editorial se ha dado a la tarea de indagar los derechos de autor correspondientes o su procedencia, consciente de su obligada autoría. En caso de omitir algún crédito, ofrecemos una disculpa y agradeceremos la información brindada para incluirlo en una posterior edición.

raelart@hotmail.com

## Palabra

# Una novela de fantasía épica

# Zarabanda

*Su lectura ofrece un universo de magias en ebullición, de poderes ancestrales enfrentándose entre sí y devastando el mundo, viajes hacia lugares misteriosos y encuentros con personas y animales de distinta naturaleza*



Por Gabriel Trujillo

Escritor y poeta, autor de *Espantapájaros* y *Tijuana city*, tres novelas cortas.

angel.gabriel.trujillo.munoz@uabc.edu.mx

Entre las distintas rutas narrativas que practico como autor mexicano, rutas que abarcan desde la novela policiaca, fronteriza, histórica, fantástica y de ciencia ficción, una de las que más disfruto escribir es la novela de fantasía épica al estilo de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien o *Un mago de Terra-mar* de Ursula K. Le Guin. Hacia 1998 empecé a crear la trilogía de *Thundra*, tres novelas bajo los títulos de *Orescu la voz*, *Orescu la sangre* y *Orescu la luz*. Fueron publicadas en el año 2000 por la editorial mexicana Times y luego fueron vueltas a editar en un tomo por la editorial Lectorum en 2018. A este ciclo novelístico lo considero como pionero en la fantasía épica escrita en México y, posiblemente, en toda Hispanoamérica.

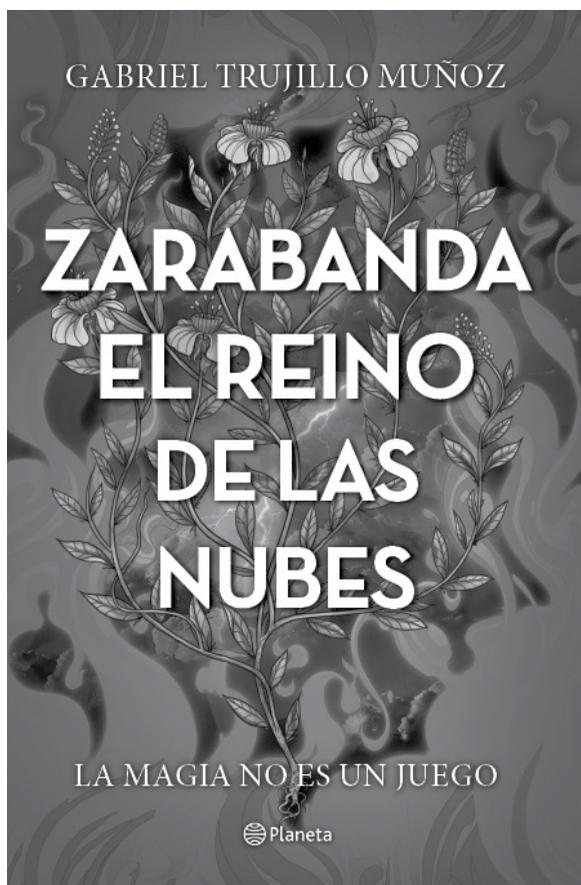
Ahora bien, lo fantástico no apareció en mi obra con esta trilogía: a principios de los años ochenta del siglo pasado comencé a escribir cuentos de este género, influenciado tanto por H. P. Lovecraft como por Roger Zelazny y Stephen King. En 1988, gracias a la Dirección de Asuntos Culturales (DAC) del gobierno de Baja California, pude publicar *La isla de los magos*, una novela cortita que mezclaba ciencia ficción y fantasía. Como ven, mi interés por esta literatura viene desde que era adolescente y compraba, como estudiante de medicina en Guadalajara, los libros de las editoriales Minotauro y Acervo, donde destacaban escritores como Anne McCaffrey, Ray Bradbury e Italo Calvino. Y me aventuraba en obras llenas de historias que ocurrían en reinos medievales donde los prodigios de la imaginación eran parte de la vida cotidiana. Antes de que este género se hiciera tan popular con autores como George R. R. Martin, Brandon Sanderson, Andrzej Sapkowski, Joe Abercrombie o Naomi Novik, la fantasía y sus mundos maravillosos —y no únicamente maravillosos sino también siniestros y temibles— se hizo presente en mis lecturas como una narrativa no sólo estimulante sino creativa en sus propuestas, en sus relatos, en sus personajes de caballeros —y damas— andantes que buscaban componer el mundo sin importar los riesgos que esa conducta involucraba.

En 2008 tuve la idea de otra historia de fantasía épica, a la que titulé *Zarabanda*. Empecé a escribirla, pero

no pasé de las primeras cien páginas. Trataba de un par de niños-adolescentes que, debido a una terrible amenaza que se cernía sobre su pueblo, tenían que escapar del mismo y buscar algún remedio para enfrentarla. No pude seguir porque no encontraba una trama que implicara dos visiones que se me aparecían al escribirla: un pueblo de criaturas como nubes y un bosque no de plantas sino de animales enraizados a la tierra. El mundo que quería relatar ya estaba listo, pero la historia que surgiría de tales conflictos aún me parecía borrosa y sin asideros que pudieran impulsar su trama a niveles épicos.

Durante los años siguientes volví una y otra vez al manuscrito de *Zarabanda* sin poder avanzar. Sólo a finales de 2021, principios de 2022, descubrí la solución: volver a comenzar la historia, en el mismo mundo, con otros personajes, estos ya no niños sino adultos, enfrentando la misma amenaza. Lo único que faltaba era unir ambas tramas en una historia mayor, que me permitiera tanto expandir el horizonte narrativo como describir las distintas regiones que lo conformaban. Así, las criaturas que en ellas aparecieran fueran el conducto para explorar el reino de los cielos o escudriñar los misterios de esas tierras, de tal modo que pudieran ser paisajes que funcionaran como partes imprescindibles de los derroteros de sus protagonistas. Eso hice y la escritura avanzó sin contratiempos hasta que terminé la novela. El siguiente paso fue encontrarle una casa editorial que se atreviera a publicar un manuscrito de cerca de 600 páginas.

Tuve la suerte de que uno de los primeros lectores de mi trilogía de *Thundra* fuera un entusiasta practicante de la novela de aventuras maravillosas: el escritor Benito Taibo, quien me sugirió que enviara *Zarabanda* a editorial Planeta. Eso fue lo que hice. Después de leerla y aprobarla, terminó siendo publicada por esta conocida casa editorial en junio de 2024. Para que todo esto ocurriera, buena parte de 2023, y la primera mitad de 2024, me la pasé trabajando con una lectora (Montserrat Flores Castelán) y una editora literaria (Marielo Regina Polo Chávez) capaces de hacerme ver nuevas posibilidades a la trama de mi novela.



A esta generosa labor debo agregar el trabajo de diseño e ilustraciones que realizara Horacio Sierra Jardines, que ha ofrecido una impactante portada de primer orden, que a todos los que la han visto les ha encantado: Elizabeth Cazessús (“Hermosa portada”), Blanca Martínez (“La portada es preciosa”) o Silvia Moreno-García (“Chula la portada”). Desde mi punto de vista, la portada hace honor al corazón mismo de *Zarabanda*, pero para entender lo que digo es necesario leer la novela. Y a lo anterior hay que añadir que Horacio Sierra Jardines también hizo las ilustraciones que lleva el libro en sus páginas interiores, transformando muchas de ellas en fragmentos del árbol de las protecciones y las salvaguardas. Por algo este ilustre ilustrador tiene como uno de sus apellidos el de Jardines.

Gracias a todo el equipo editorial de Planeta, *Zarabanda*. *El reino de las nubes* hoy tiene la oportunidad de llegar a los lectores que, en todo el país, les interese explorar mundos fantásticos, historias de aventuras épicas, personajes que viven los desafíos propios con arrojo y bravura. Y gracias, finalmente, a quien está dedicada esta obra: a Elisa López, Blanca Martínez, Silvia García y Silvia Moreno. Amigas entrañables, todas ellas.

*Zarabanda* es, por su extensión, su contenido y el número de sus personajes, una novela de proporciones mayores, una epopeya.

### La historia

La historia de *Zarabanda* trata de un universo de magias en ebullición, de poderes ancestrales de nuevo enfrentándose entre sí y devastando el mundo, de jóvenes y adultos que intentan obtener un lugar para demostrar su valía en tiempos de caos e incertidumbre. Como buena parte de la fantasía moderna, mi novela se ubica en una época donde coinciden magos y ladrones de caminos, brujas y hechiceros, criaturas terribles y maravillosas, fuerzas antiguas y poderes nuevos, hierbas curativas y hombres yesca. Es el relato de un desastre que se lleva en su torbellino los destinos del mundo y pone a prueba la voluntad de quienes defienden a sus semejantes sin más escudo que la propia naturaleza.

### La trama

Cada tanto tiempo un fuego devastador surge en algún lugar de Zarabanda y se dedica a convertir la tierra en un erial lleno de incendios incontenibles y a sus habitantes en puras cenizas. En diferentes sitios y bajo distintas circunstancias, un par de primos, una hechi-

**“En 1988, gracias a la Dirección de Asuntos Culturales (DAC) del gobierno de Baja California, pude publicar *La isla de los magos*, una novela cortita que mezclaba ciencia ficción y fantasía”**



cera castigada, un consejero del imperio y un forajido descubrirán que forman parte del destino esencial de Zarabanda. Que para detener la catástrofe que se les viene encima, cada uno tendrá que encontrar el modo correcto para hacer frente a una invasión que ningún ejército parece capaz de detener. Y en esa lucha, por demás desigual, acabarán transformados en guerreros y deidades.

### La lección de Zarabanda

Que lo vivo triunfa a pesar de las calamidades que sobrelleva y los percances que soporta. Que toda guerra consume el alma colectiva de la sociedad que la padece, pero que en los peores momentos siempre es posible hallar un rayo de esperanza, una ruta de salvación. Que la vida es una apuesta que hay que cumplir con los ojos bien abiertos. Que la magia no es un poder para beneficio de unos cuantos privilegiados sino una gracia que a todos pertenece.

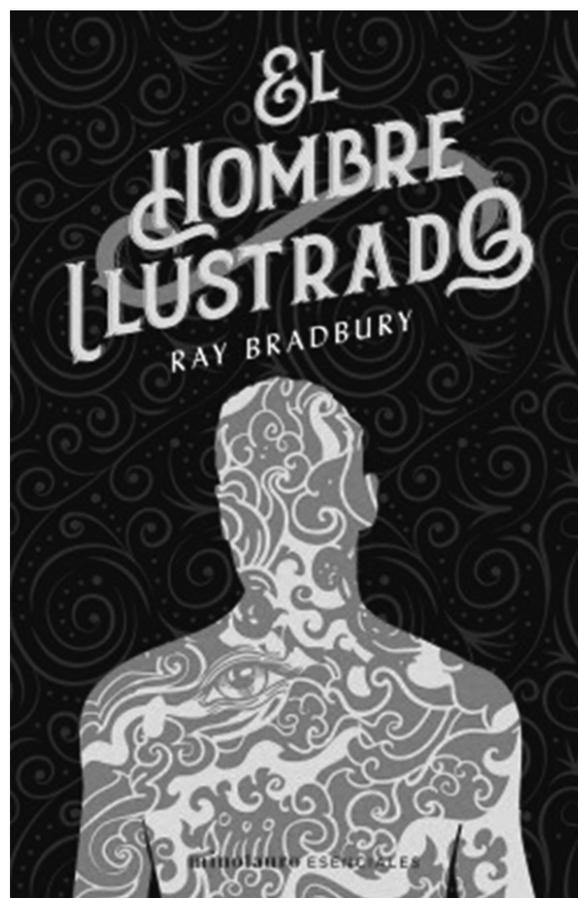
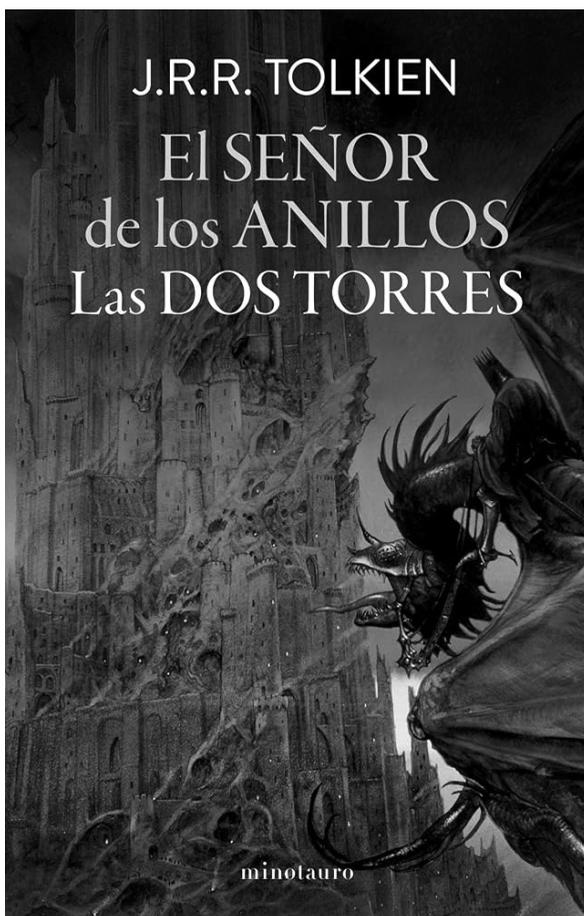
### Aventuras de los personajes

*Zarabanda*, como novela épica, no narra únicamente una confrontación bélica. También relata via-



jes hacia lugares misteriosos, encuentros con personas y animales de distinta naturaleza. Salta del país de las nubes, con sus criaturas etéreas, al faro del fin del mundo, donde un autómatas vigila a los dioses arcaicos y previene que entren a Zarabanda. Nos lleva por las calles de un pueblo de frontera, que vive lejos de las grandes hazañas, y luego nos conduce a Marfilia, la capital del imperio de Antara, donde se dirime la suerte del mundo junto a las aguas turbulentas del río Tamar. Narrativa que brinca de continente a continente, de desiertos implacables a pueblos de frontera. Su propósito es que entres a esta realidad multifacética y la hagas tuya; que comprendas las motivaciones de sus figuras principales en un tiempo hecho de dolor y sacrificio, de miedo y esperanza; que participes en el destino de personas que viven entre el caos y la incertidumbre, entre el horror y la perseverancia.

Por sus páginas viajamos por montañas de nieve y páramos de completa desolación, por bosques enrevesados y desiertos donde habitan monstruos sin cuento. Es una travesía que nos lleva a conocer tierras volcánicas y reinos donde las brujas dominan, islas donde la magia es inútil y fortalezas donde los magos enseñan sus hechizos. Pero aparte de estos lugares, la



Portadas: Archivo Palabra

gran aventura de *Zarabanda* consiste en que sus personajes deben descubrir de qué realmente están hechos, cuáles son sus ventajas y carencias, sus fortalezas y debilidades. El mayor descubrimiento, sin embargo, está en reconocer que la fuerza de su mundo no son las armas que portan o los conjuros que pueden lanzar, sino su capacidad de entender que la verdadera magia está en las cosas más humildes, en la manera de curarnos unos a otros, en los tesoros que la propia naturaleza cuida para todos nosotros.

O como lo dice Irina Solandra en su famoso tratado *Las raíces de nuestro tiempo*: “Los mejores días de la vida son aquellos en que no pasa nada, en que llevas a cabo tus rutinas sin interrupciones, sin sobresaltos. Cuando el día es perfecto para estar con tu familia, para irte de pesca, para comer en paz. Y si a eso le agregas un sol espléndido, una brisa tibia, el agua que canta al transitar, ¿qué más puedes pedir? Pero el mundo carece de tales perfecciones, no sigue nuestros deseos al pie de la letra. Donde hubo sol ahora hay nubes de tornado. Donde hubo paz ahora hay

barruntos de guerra. Y esa familia que comía, feliz, a la orilla del río, ¿qué pasó con ella?, ¿dónde está? Si el mundo fue un sitio mejor para vivir, una morada para todos, ¿cómo terminamos habitando sus ruinas?, ¿cómo acabamos zarandeados por la ambición, el odio, la crueldad?”.

**“Lo vivo triunfa a pesar de las calamidades que sobrelleva y los percances que soporta. Que toda guerra consume el alma colectiva de la sociedad que la padece, pero que en los peores momentos siempre es posible hallar un rayo de esperanza, una ruta de salvación”**

Para contestar semejantes preguntas hay que leer *Zarabanda*, una novela que habla de lugares imaginarios pero que al final parecen demasiado reales. ¿O se me ha olvidado decirles que en sus recovecos hay ambiciones desmedidas, rivalidades añejas, prejuicios sociales, amores desafiantes y odios colectivos? Bueno, ahora ya lo saben. Esta novela no se conforma con contar una versión edulcorada de nuestra humanidad. Por el contrario, su historia es la de un conjunto de personajes que debe confrontar sus miedos y reconocer sus penurias para lograr sobrevivir contra todo pronóstico.

Porque en *Zarabanda*, sobrevivir es la palabra clave. Sobrevivir ante el fuego que viene por uno.

Sobrevivir a la magia que no quiere competencia. Sobrevivir al dolor, a la ira, a la venganza.

Sobrevivir a la devastación del amor y a su contraparte, el odio exacerbado.

¿Les interesa, después de todo, entrar a este mundo, conocer sus contradicciones, experimentar sus juegos de poder? Entonces les recomiendo que recuerden esto: una chispa es todo lo que se necesita para crear un incendio devastador, pero un corazón empecinado triunfa incluso en la peor adversidad.

Bienvenidos a las tierras en peligro del continente de *Zarabanda*, su nuevo hogar, donde nada está perdido para siempre, donde los conjuros son un juego de vida o muerte, donde a cada paso hay una sorpresa, un desafío, un deslumbramiento.

Como dije al principio de este artículo, *Zarabanda*, la novela, es un proyecto narrativo que me llevó alrededor de 16 años completarlo a mi real satisfacción. Espero que ustedes, posibles lectoras y lectores, lo lean en menos tiempo y lo disfruten tanto como yo lo disfruté al escribirlo.

Que la magia os acompañe. 

# Andy Warhol y el atentado contra Trump

*There is nothing the matter with  
Americans except their ideals.  
The real American is all right:  
It is the ideal American who is all wrong.\**  
G. K. Chesterton



**Por Iliana Hernández**  
Es docente y traductora. Escribe  
artículos, ensayos, cuentos y poesías  
premoniciones@hotmail.com

**E**n un escenario de controversia en el que, hasta este momento, los ciudadanos estadounidenses están subiendo el tono a la solicitud de que el presidente Joe Biden decline la candidatura a la reelección este 2024\*\*, se suma en su contra el desastroso desempeño de Biden en el pasado debate contra Donald Trump, en el que fue más que evidente su deterioro cognitivo, situación que desde hace varios años ha sido documentada por el ala republicana y que había sido silenciada por la mayoría demócrata.

El senador demócrata Michael Bennet, ha sido el primero en expresar que Biden no tiene oportunidad de ganar contra Trump. Es sintomático que la preocupación del propio partido del actual presidente muestre una gran inquietud por lo que está en juego: el puesto más importante del país, el de más influencia política y poder corporativo del mundo (al menos así quieren seguir vendiendo al mundo su imagen, China sube como la espuma a dictar la escena tecnológica con avances increíbles en inteligencia artificial y medios de producción sólidos).

## *La política y el circo hollywoodense*

Desde hace unos años que los malabares de los políticos están emparentados con el entretenimiento, un signo de los tiempos que la alta exposición de la vida pública y privada tiene en las pantallas que cargamos en el bolsillo. Si no es entretenimiento o



Foto: Evan Vucci, AP

material de memes, entonces el suceso o discurso ha fracasado. La coherencia se cambia fácilmente por el exabrupto, la adrenalina que produce un hecho mediático como los escándalos sexuales de Trump o las acusaciones contra el hijo de Biden no son motivo de condena y simplemente le abren la puerta a la fascinación de los electores.

**“El senador demócrata Michael Bennet, ha sido el primero en expresar que Biden no tiene oportunidad de ganar contra Trump”**

El pasado 10 de julio, el actor George Clooney escribió un artículo de opinión en The New York Times, sobre la necesidad de que Biden declinara en su candidatura a la presidencia. El popular actor abre su texto manifestándose como un comprometido demócrata que ha encabezado varias de las mayores recaudaciones de recursos para políticos como Barack Obama en 2012, Hillary Clinton en 2016 y Joe Biden en 2020. De hecho, hace un

mes, Clooney recaudó alrededor de 30 millones de dólares para la campaña de Biden. En esos días todavía no se había recrudecido la crítica respecto de las condiciones cognitivas de Biden.

Este artículo de Clooney tiene peso ya que, como hemos visto desde hace muchos años, la influencia que tienen las opiniones de figuras del espectáculo en general es importante, ya sea para crear controversia o sembrar la duda en los electores. Clooney destaca que el Biden que mostró un pobre desempeño en el pasado debate del 27 de junio, no es el mismo que llegó a la presidencia. Destacó su moral y capacidad, todo bien con Biden, su único enemigo invencible es la edad y el deterioro que es evidente, según el actor, desde hace mucho.

Así que Clooney, sin rodeos, da la estocada final al asegurar: *“No vamos a ganar en noviembre con este*



Imagen: Pablo Delcan & Danielle Del Plato.



Foto: Archivo Palabra

El artista plástico, Andy Warhol.

presidente. Además, no ganaremos la Cámara de Representantes y perderemos el Senado. Esta no sólo es mi opinión; es la opinión de todos los senadores y congresistas y gobernadores con quienes he hablado en privado. Todos y cada uno, independientemente de lo que digan en público". Cierra el artículo llamando héroe a Biden, sí y sólo si está dispuesto a bajarse del carro de la campaña presidencial y salvar la democracia en 2024.

#### **Plot twist de un drama presidencial**

De alguna muy oscura manera, Biden tiene a figuras muy fuertes en el partido demócrata en su contra, también a inversionistas (la política es una empresa que genera dividendos a corto, mediano y largo plazo, de ella se desprenden transacciones comerciales, favores, presencia en los medios y se aseguran fortunas que pasarán de generación en generación; garantizando la permanencia de élites en el poder), por ejemplo, Elon Musk se ha pronunciado en su apoyo a Trump.

Todo lo anterior hubiera quedado en el trabajo de los demócratas por convencer de manera suave a Biden de abrir espacio para otro candidato, posiblemente a su vicepresidenta, Kamala Harris. Lo que vendría

a romper esta narrativa en cámara lenta ha sido el ataque que Donald Trump recibió el 14 de julio en Butler, Pensilvania.

Un puño alzado, la oreja sangrante, su grito llamando a la lucha (se me viene a la mente el mismo gesto en otro líder, un título de libro, *Mein Kampf*), su escandalosa valentía al exponerse ante el público, a la foto histórica con la bandera estadounidense de fondo, alguien ganará un premio por esa imagen, habrá *souvenirs* y películas que muestren esta absurda historia de nuevo.

**“Si no es entretenimiento o material de memes, entonces el suceso o discurso ha fracasado”**

El FBI identificó a Thomas Matthew Crooks, de 20 años y residente en Bethel Park, Pensilvania, como el sospechoso del intento de asesinato del ex presidente de Estados Unidos. Se ha dicho que es un atacante solitario, así como ha sucedido con otros magnicidios. Thomas era un muchacho dedicado en los estudios, el arma con la que disparó fue comprada por su padre. El chico subió al techo de un edificio cercano al estrado donde Trump daría su discurso, personas del público avisaron de la presencia de un sujeto en el techo de ese lugar y nadie atendió la información, el servicio secreto está bajo investigación por una cadena de errores desafortunados en atender la seguridad del candidato Trump.

#### **Andy Warhol y su predicción**

El artista pop que explotó la imagen de la cultura hollywoodense hasta el hastío, Warhol, dijo en algún momento que *“En el futuro, todos serán famosos mundialmente por 15 minutos”*, cierto en lo que se refiere a la ansiedad de pertenecer y ser reconocido. La política y el espectáculo como escenarios de identidades extrañas, contradictorias, surrealistas y equivocadas. Andy reposa en el cementerio católico bizantino de San Juan Bautista en Bethel Park, Pensilvania. De Bethel Park es Thomas Crooks, quien atentó contra Trump y quien seguramente será sepultado en ese cementerio en donde Warhol exhibirá una filosófica sonrisa en la que usted y yo nos rendiremos a sus proféticos quince minutos, esos en los que Donald Trump sigue levantando el puño en un tiempo en el que todo es posible, incluso ser presidente de los Estados Unidos por segunda ocasión en una mala película llamada realidad del 2024. **P**

\*A los estadounidenses no les pasa nada excepto sus ideales. El verdadero estadounidense está bien: es el ideal estadounidense el que está completamente equivocado.

\*\*Lo cual finalmente ocurrió el pasado domingo 21 de julio.

# Cozarinsky y el derecho a la venganza

Ahora que Edgardo Cozarinsky —escritor, dramaturgo, cineasta y actor— ha fallecido (1939-2024), rescatamos la presente reseña de Alberto Manguel, elaborada en 2015, sobre *En ausencia de guerra*, una de las mejores novelas del escritor argentino, donde se adentra en la larga tragedia de la dictadura de su país entrelazando dos historias cargadas de odio



Por Alberto Manguel

Escritor y editor argentino-canadiense, autor de *Una historia de la lectura*  
@albertomanguel

Hay novelistas con cierta tendencia al énfasis que tratan de convencer al lector con afirmaciones rotundas, atemorizarlo con respuestas contundentes, consolarlo con sabias explicaciones. Edgardo Cozarinsky rechaza esos métodos fáciles, y la actitud de esos dogmáticos y ficticios historiadores. Prefiere la duda. Las ficciones de Cozarinsky son siempre inciertas, apenas se atreven a sugerir nuevas posibilidades a la luz de veredictos aceptados, y si bien sus personajes dialogan entre sí, raramente se ponen de acuerdo. Cozarinsky escribe siguiendo el consejo de Oscar Wilde: “Hay que ser siempre algo improbable”.

La larga tragedia de la dictadura militar argentina, seguida de “la delincuencia política, la mentira institucionalizada, las ficciones populistas” (es uno de los personajes de Cozarinsky que lo dice), fue declarada juzgada y archivada en las últimas décadas, y sellada con el generoso olvido de quienes no querían demorarse en los detalles. Numerosos escritores intentaron contar las historias encubiertas por medio de invenciones ingeniosas y atroces, y así sacar a la luz las íntimas tragedias de un periodo famosamente sangriento.

Cozarinsky (como era de esperarse, conociendo su obra) no sigue las maniobras inquisitorias de la pesquisa histórica ni los fáciles laberintos de la teoría psicológica. Su propuesta es a la vez más simple y más compleja: contar un episodio de la nefasta época, con sus consabidas traiciones e infamias, pero no indagar con métodos de detective en las causas y consecuencias. Su estrategia es volver el foco hacia nosotros, hacia los espectadores o lectores, y observar cómo los hechos trágicos que cuenta nos afectan. Es como si, en la mitad del drama de Edipo, nos encontramos convertidos en el coro, atrapados por los eventos.

El episodio elegido por Cozarinsky nace, como en las mejores novelas de aventuras, con el descubrimiento de una carta en un libro olvidado, en la cual la voz de una anciana amiga ya fallecida lanza al protagonista en una búsqueda que promete ser tenebrosa. Así descubre que los hijos de la amiga, supuestas víctimas de la dictadura militar, tal vez no hayan sido lo que se piensa que fueron. A esta primera trama se superpone la de aquella famosa película de Hitchcock, *Extraños en un tren*, basada en la novela de Patricia Highsmith. Ambas historias, por supuesto, se entrelazan.

En la película, dos desconocidos intercambian crímenes: cada uno matará a una víctima elegida por el otro y por lo tanto no habrá después motivo de que sospechen de ellos. En la novela de Cozarinsky, una mujer argelina propone al narrador matar, él y ella, a un personaje que el otro odia o debiera odiar: ella matará al responsable del atroz destino de los hijos de la amiga, él a un hombre que denunció al padre de ella durante la guerra de Argelia. “¿Tienes capacidad de odio?”, le pregunta la mujer para tentarlo con la propuesta. “No hablo de resentimiento por alguna ofensa impagada... Hablo de un sentimiento muy fuerte, que sólo se puede apagar matando al objeto del odio”.

El tema, como se ve, es de Henry James: una pasión alimentada por el deseo de acabar con el objeto de esa pasión. Los papeles de Aspern que serán quemados antes de que sus dueñas acepten entregarlos a un desconocido, la ambición aristocrática de una seductora americana condenada a languidecer en una ciudad del Midwest al final de *La copa de oro*, la larga espera, en *Retrato de una dama*, que nutre un amor que esa misma espera terminará extinguiendo, son precursores de esta nueva ficción de Cozarinsky en que el tema (el lector descubre en las últimas páginas) no es la infamia ni el odio que ésta puede provocar, si no, misteriosamente, el derecho al sacrificio, a la violencia. *En ausencia de guerra*, ¿es admisible un acto de venganza?

Como en toda la obra de Cozarinsky, además de la inteligente seriedad del tema central, hay un deleite en el detalle



Edgardo Cozarinsky, autor de la novela *En ausencia de guerra*.

absurdo, en el chisme, en el artificio social que encantaba a Bioy Casares, con quien Cozarinsky comparte un tono lacónico y acerbo. Un ejemplo: un abogado marroquí cuenta al narrador que en 1956, durante una ola de miedo, muchos comerciantes judíos decidieron mudarse de Marruecos a Caracas, los banqueros judíos a Ginebra y los médicos y arquitectos a Montreal. “¿Y a Israel?”, pregunta su interlocutor ingenuamente. “¿A Israel? La mano de obra no calificada”.

El lector familiarizado con las ficciones anteriores de Cozarinsky sabe que no debe nunca fiarse de la narración aparente, que bajo la apariencia de hechos razonables se deslizan los equívocos de la historia y las interpretaciones equivocadas de los diversos personajes. Cuando el narrador nos dice en el primer párrafo: “Desde hace algún tiempo, cuando duermo en un avión, me visitan los muertos”, debemos sentirnos precavidos, aunque nos aclare inmediatamente después que “mis muertos no lo están necesariamente para el estado civil. Están muertos para mi afecto, para el diálogo”. Estos muertos (más allá del afecto y del diálogo) animan esta novela, una de las mejores que Cozarinsky ha escrito. 📖

# En ausencia de guerra

Escribo estas notas en el avión donde pasaré la noche deseando dormir, temiendo soñar. Hace pocas semanas cumplí cincuenta y cinco años. Desde hace algún tiempo, cuando duermo en un avión, me visitan los muertos. No son agresivos, pero su sola presencia, aun afable, reanima momentos que hubiese deseado archivados para siempre, me pone frente al que fui. Mis muertos no lo están necesariamente para el estado civil. Están muertos para mi afecto, para el diálogo. Cuando era joven, recuerdo, los viajes me prometían una vida imaginaria. En otro país, en otro idioma, esperaba dejar atrás un reflejo de mí donde no quería reconocirme, un yo que no correspondía a la vida que deseaba, al papel que en ella aspiraba a tener. En mi primer viaje sentí rotas todas las ataduras, creí posible borrar la distancia que me separaba de expectativas más reales que la vida cotidiana. El joven que fui durmió poco en aquel viaje y nunca soñó. Su vigilia era un sueño despierto.

Con los años, en cambio, siento que viajo cargado con todo lo que hace a una vida ya imposible de relegar, y esa carga se adhiere a toda decisión, aun a todo sentimiento. Así como los innumerables caminos abiertos ante el joven se van estrechando cada vez que elige uno de ellos, el viajero adulto sólo recupera por momentos efímeros, volátiles, un recuerdo de aquella liviandad perdida.

Viajo de Buenos Aires, la ciudad donde nací y ahora vivo, a París, una ciudad con la que fantaseaba en mi adolescencia y donde más tarde viví más años de los que hubiese debido. Esto no me impide gozar de los primeros días que paso en ella cada vez que vuelvo. En el reencuentro hay una magia leve que es frágil, lo sé, pronta a disiparse. Y esto la hace más preciosa.

Como esas delgadas hojas de mica plateada que en mi infancia intentaba separar de las piedras a orillas de un arroyo en Córdoba. Se quebraban en minúsculos fragmentos al tenerlas en la mano.

## Todo empezó en literatura

Llegué a París una tarde de principios de septiembre y preferí no llamar a ninguno de los conocidos que conservaba en la ciudad. Me sentí contento sentado ante una mesa de café, en la vereda, viendo pasar a esa gente que durante años había

sido mi frecuentación cotidiana; ahora, después de haber vuelto a vivir en Buenos Aires, descubría algún interés en su aspecto menos llamativo, los observaba como espectáculo.

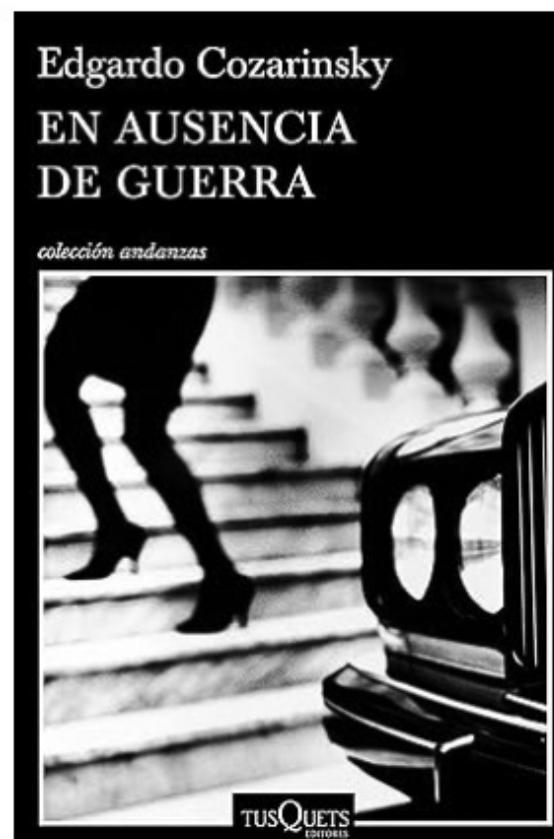
Esa misma tarde, o al día siguiente, esperé el crepúsculo recorriendo los muelles, deteniéndome ante las cajas de los *bouquinistes*. Aunque me había prometido no comprar más libros —mis estantes porteños desbordaban de volúmenes que prometían compañía segura para un futuro sin fecha— el «vicio sin castigo» despuntaba ante la promesa de un descubrimiento. Esta vez fue el libro de poemas de una vieja amiga, creo que uno de sus primeros: *L'Année sans sommeil*. El prólogo firmado por el respetado poeta de los años cuarenta, al revisarlo sumariamente, me pareció más sincero que cuando lo había leído años atrás, sabiendo que una relación sentimental lo había motivado. El ejemplar había estado dedicado: faltaba la primera página, precaución habitual de quien

vende libros que no desea conservar; en la segunda no había quedado ninguna incisión delatora, privilegio de años anteriores al uso del bolígrafo, que hoy imprime una huella profunda; además, ¿podía imaginarla a ella usando algo que no fuera pluma y tinta?

Habría devuelto el libro al purgatorio de la caja, fosa común de tantas ambiciones, si al hojearlo no hubiese descubierto una carta plegada entre sus páginas, dos delgadas hojas de lo que se llamaba «papel de vía aérea» antes de que Internet decretase caduca esa forma

de comunicación. Había algo tácitamente femenino en ese envío que aún no podía leer: papel color crema, desgastado en los pliegues, tinta que conservaba un color azul intenso. Decidí que esa carta había sido escrita por la poeta y enviada a un hombre, aquel a quien había dedicado el libro.

No abrí la carta. Cerré el libro apresuradamente para no llamar la atención del vendedor hacia un hallazgo que pudiese despertar su codicia, pagué los cuatro euros que estaban marcados en la primera página y me dirigí al café de la esquina de *la rue Bonaparte* para poder leer, no los poemas —francamente, no me interesaban— sino la carta. Cruzaba mi camino quién sabe cuántos años después de haber sido escrita, acaso antes de que yo conociera a la autora, personaje ya crepuscular de un mundo menos legendario que irremediable-



mente fechado: esos «argentinos de París» que a mediados del siglo XX habían suscitado un momento de curiosidad.

No me había equivocado. La carta estaba firmada por Delia y redactada en un francés preciso, elegante sin afectación, un francés hoy poco frecuente; el que yo le había escuchado hasta pocos años atrás. La carta estaba fechada en octubre de 1976 y dirigida a un tal Michel. Delia le pedía ayuda para rescatar a sus hijos, militantes de una organización armada, secuestrados en Santa Fe por un grupo parapolicial. Era evidente que el destinatario debía ocupar un cargo importante en la política o en la diplomacia francesas, y que Delia tenía con él una clara relación de amistad, aun cierta intimidad: se dirigía a él sin rodeos, pidiéndole una gestión que no suponía ajena a sus posibilidades. 

\*Fragmento de *En ausencia de guerra* de Edgardo Cozarinsky (Tusquets. Barcelona, 2015. 206 páginas) / In Memoriam (13 de enero de 1939 - 2 de junio de 2024)

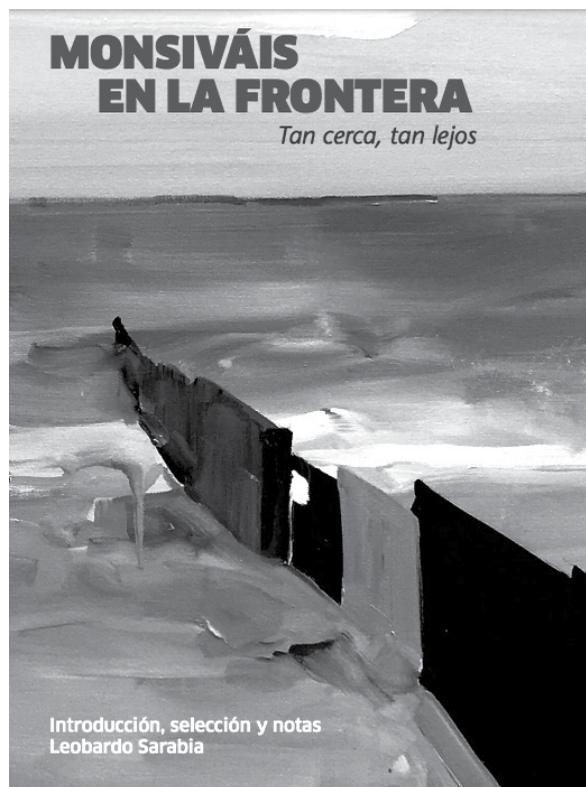
ESTAR NEPANTLA

# Tijuana siempre tendrá quien la reescriba

*Nueve autores del planeta llamado Baja California escriben en la obra colectiva Tijuana entre letras, una compilación de testimonios, ensayos y crónicas a cargo de Juan José Luna*



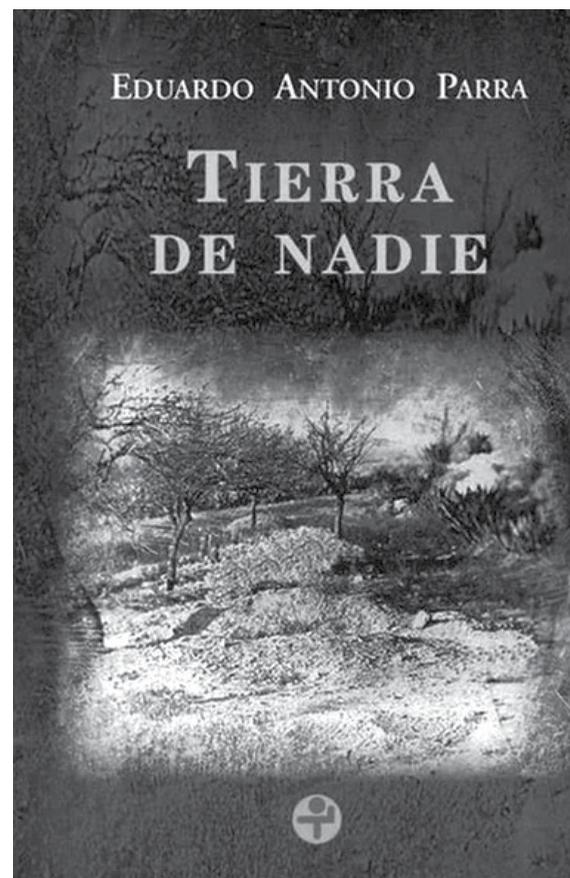
Por Eduardo Cruz Vázquez  
Periodista, gestor cultural,  
ex diplomático cultural, formador  
de emprendedores culturales y ante  
todo arqueólogo del sector cultural  
angol97@yahoo.com.mx



Con primera impresión en 1999, quinta reimpresión en 2013 y, en mis manos, en Ensenada, en junio de 2024, adquirido en la librería Educal del Centro Estatal de las Artes (Ceart) porteño, *Tierra de nadie*, de Eduardo Antonio Parra (editorial Era) me atrajo por dos peculiares razones.

La primera, el hallazgo que es salvamento: que un ejemplar de hace tantos años de tan importante autor y empresa anduviera todavía en un estante. Es la suerte de muchas editoriales y sus escritores: tan lejos de la cobranza oportuna, tan cerca de la cotidiana sobrevivencia. Me sentí una suerte de héroe al adquirirlo.

La segunda razón, que en la contraportada leyerá:



Portadas: Archivo Palabra

**“Adquirí en la Feria del Libro que tuvo lugar, el pasado mayo, en el Centro Cultural Tijuana (Cecut), la obra colectiva *Tijuana entre letras*, una compilación de testimonios, ensayos y crónicas a cargo de Juan José Luna, bajo el sello de su Escuela de Letras y Editorial Sanblás (2024)”**

“La materia de *Tierra de nadie* es casi siempre dramática, pero también mágica, y tiene lugar en el vasto y alucinante Norte mexicano, donde si lo real es perfectamente verdadero y concreto, asimismo es apocalípticamente real”.

Son las ventajas del anillo al dedo, me dije. Ello porque semanas atrás había disfrutado el amplio como acucioso recorrido que Leobardo Sarabia entrega en la compilación de ensayos *Monsiváis en la frontera* (SC, 2020). Un viaje no exento de shocks debido al contexto en que el autor elaboró cada pieza seleccionada, y

**Palabra**

el que los textos, al decir de Sarabia, “conservan una asombrosa actualidad, son una reflexión ambiciosa de la frontera, en su juego sucesivo de identidades”.

Agrega que la mirada de Monsiváis “sobre migraciones, narcocultura y violencia, tiene una desusada vigencia, que la vuelve una referencia y parte del actual debate nacional”. Páginas adelante, el también devoto cronista de su ciudad (recordemos al menos su *Zona de turbulencia*) cita en el “Breve alfabeto de la frontera” que inserta en la edición, que para quien fuera residente de la colonia Portales, en la Ciudad de México, Tijuana (TJ) le significó “Un desarrollo acelerado. Un vacío cultural considerable. Una modernidad sustentada en la tecnología y no en un desarrollo civilizatorio mucho más complejo”.

Antes de leer *Tierra de nadie*, por recomendación de Sarabia adquirí en la Feria del Libro que tuvo lugar, el pasado mayo, en el Centro Cultural Tijuana (Cecut), la obra colectiva *Tijuana entre letras*, una compilación de testimonios, ensayos y crónicas a cargo de Juan José Luna, bajo el sello de su Escuela de Letras y Editorial Sanblás (2024). El viraje fue brutal: pasé del tremendo andamiaje monsviviano, de la mirada de su ser no tijuanaense, ni fronterizo, de la construcción del viajero alimentado por un alud de experiencias como de fuentes vivenciales y de lecturas desde diferentes órbitas del norte mexicano, a la delicadeza de los pliegues de una Tijuana recreada cruda como amorosamente por quienes dan cuenta de ella.

“Por el contrario, empezó a crecer en mí la frustración, la impotencia y un latente coraje ante la ineptitud y corrupción que permea en Tijuana, quizá desde su origen, pero que me niego a aceptar como destino”. Martha Antillón en *Hablando de baches*.

¿Cuántos habrán escrito sobre, alrededor y acerca de Tijuana? Nadie puede estimar dicha producción. Yo mismo, en el lejano 1986, cuando visité por primera vez la ciudad, escribí numerosas crónicas y entrevistas para relatar, asombrado, lo que descubría. Acompañé a diversidad de fotógrafos esmerados en el puntual registro de la región, además de estudiosos y otros de la especie.

Tijuana siempre tendrá quien la reescriba, la reininterprete, la reinvente, la santifique, la filme, la convierta en fotografía, en postal, en alucinación cósmica.

En el planeta llamado Baja California, los narradores que confluyen a *Tijuana entre letras* han logrado un documental lleno de vértigo. Ellos son, por orden de aparición, Luis Rubén Rodríguez, Martha Antillón,

Rosa Alicia Esténs, Enrique Briseño, Liliana Lanz, Luis Manuel Reza, Alejandro Fregoso, Lorena Santana y Juan José Luna. De los nueve, según sus fichas biográficas, sólo dos nacieron en TJ. Los demás arribaron en diferentes momentos de su vida.

“Por eso no puede pasar inadvertido que la principal vía de acceso desde Otay a la Plaza de la Unidad y la Esperanza, sitio donde fue asesinado Luis Donaldo Colosio, no lleve el nombre de un matador... o tal vez matador sí, pero no precisamente de toros. Se llama calle Carlos Salinas de Gortari. ¿A quién debemos esta ocurrencia? ¿Quién tuvo tan corrosivo humor negro?”. Luis Manuel Reza en *La unidad y la esperanza*.

La curaduría de Juan José Luna es panóptica y sus colegas, supongo sin ponerse de acuerdo, sin haberse sentado a acordar territorios, logran, salvo las excepciones naturales de repeticiones de escenarios, de cierta flaqueza sintáctica, un lienzo sin desbordamientos. Diré también un complejo rompecabezas. Tal labor colectiva no hace de *Tijuana entre letras* un texto especializado como de difícil acceso a lectores no tijuanaenses. Es de desear que el libro circule no sólo en los otros municipios de Baja California; mucho bien le haría cruzarlo con los escritores de otras ciudades fronterizas hermanas y sus escritores.

“Tijuana tiene muchos rostros, grises, blancos, negros, rosas. De los que aquí nacieron y de los que llegaron. Es bueno irlos develando para conocerla mejor, pero también para vencer la inercia de vivir como inevitable la corrupción, la ilegalidad, la falta de una planeación responsable de nuestra ciudad y la marginación social”. Enrique Briseño en *Me dijeron que en Tijuana me iba a ir bien*.

Lo que se cuenta en las 230 páginas tiene un sentido de síntesis histórica. Ya descubrirán los lectores si el relato urdido por los nueve autores así les corresponde, como también las microhistorias. *Tijuana entre letras* es un compendio que ha empleado, gracias a Juan José Luna, varios drones, un gran telescopio y numerosos microscopios. El enganche será por la TJ redescubierta; a su vez por las coincidencias con los mapas de Tecate, Ensenada y Mexicali.

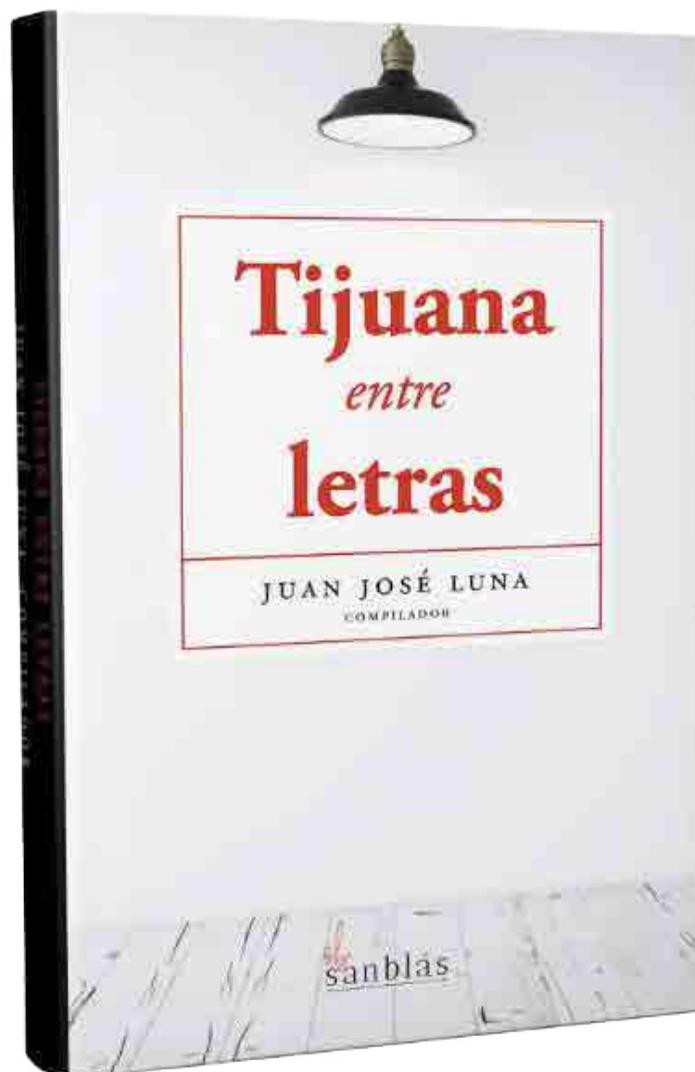
En la triada de *Monsiváis en la frontera* a *Tijuana entre letras* a *Tierra de nadie*, hay al menos un hilo que, en lo fortuito, les une. Diré la desazón. La crueldad del destino. El Norte

mexicano en llamas. La franja de las resistencias llamadas e invisibles. El lugar donde el paraíso se disfraza. Lo binacional como delimitación de la bondad y la maldad.

Ignoro qué tanto habrá cambiado el parecer de Eduardo Antonio Parra sobre el Norte de México de esta quinta reimpresión de 2013 que obtuve de *Tierra de nadie* al curso de este año. Si la dureza, el drama, el dolor, la devastación escrupulosamente escrita en cada pieza narrativa le parecen aún existentes o felizmente ya no es tan vasto el infierno fronterizo para quienes lo habitan o para los que se adentran en él para intentar meterse a los Estados Unidos.

Por ahora, de lo mucho que ni enterado estoy que se escribe sobre el devenir de los seis estados fronterizos del norte, las tres obras que me llegaron en estas semanas son un acervo de un infinito territorial.

“Ya no tengo planes de marcharme de la ciudad. Me siento estable en muchos sentidos, tengo trabajo, tengo planes, tengo gente que quiero y me quiere, tengo a Tijuana y no me resta salvo decir gracias”. Juan José Luna en *Otra vez Tijuana*. **P**



# ANTÁRTIDA

*Fabián Espejel es un joven, pero maduro poeta, que ha rehuido de los temas erosionados con formas tradicionales y buscó una fusión inusual para su primer libro, ahora galardonado con el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023*



**Por Jorge Ruiz Dueñas**

Poeta y narrador. Premio Nacional de Periodismo en divulgación cultural 1992, otorgado por el Gobierno de la República. Premio Xavier Villaurrutia 1997 por *Habitaré tu nombre* y Saravá. [jorgeruizdueñas@prodigy.net.mx](mailto:jorgeruizdueñas@prodigy.net.mx)



Foto: Cortesía

El poeta Fabián Espejel.

**“En la frontera del desastre, sin aspavientos, su voz deja constancia de glaciares licuados por el extravío de los tratados incumplidos merced a la incuria humana”**

“El Ajoy Tojen quiere decir ‘El Creador de Luz’ en el lenguaje de los Yakutes de Turushank. / El Creador de Luz, en el resto de cualquier idioma, quiere decir / Un poeta”, afirmaba Raquel Jodorowsky, quizá reformulando recuerdos siberianos de sus padres ucranios. Por ello, Rubén Bonifaz Nuño aludió alguna vez al entusiasmo de todo lector al percatarse de que entre las manos tenía el libro escrito por un buen poeta. En el tráfigo de la lectura, sin duda, experimenté esa alegría y me pareció encontrar en la obra de Fabián Espejel la luminosidad avasallando la tundra. O quizás, en otro espacio y tiempo, la estepa nevada vista desde un bosque de *beriozkas*, también de troncos blancos, camino a la paulatina evanescencia del color. Si somos afines a las ideas de Harold Bloom, podríamos coincidir en que leemos para iluminarnos y conocernos mejor, y así cada lector hace un nuevo poema íntimo, esencial. Esa experiencia, me parece, la provoca Espejel con una lectura múltiple de cada verso, de cada línea, todo de manera paralela al horizonte de la pequeña crónica de

los hombres extraviados en la insuficiencia del universo.

Quien aborde este poema donde se estremece la crónica de las fatigas por llegar a puntos ignotos, ha de estar dispuesto a la inusitada soledad de las palabras lastimadas por avatares paradójicamente calculados para, según se afirma, no hundirse: “[...] para mirar la tierra que los catalejos perdidos en el fondo del mar nunca miraron y que quizá soñaron / para empezar / para arrojar el primer puño de tierra”. Se entra así a la aventura y al desasosiego en primera persona, y somos el explorador del vacío, en donde “nunca nadie ha cruzado en invierno la Hardangervidda donde el cielo tiene la misma luz que las navajas”. Y eso lo podemos decir ya en la modernidad, con los temerarios hijos de la nación de Harald que como Thor Heyerdahl —iun noruego que no sabía nadar!— guiado por una teoría se aventuró en la precaria balsa Kon-Tiki a navegar de las costas de Perú a la Polinesia, o Roald Amundsen —alter ego de este episodio versiculario— quien en las páginas de *Antártida* hace su

**Palabra**

inventario de la estética del peligro sin faltar “una herradura de la buena suerte”. Los exploradores de los polos en la Edad heroica, escandinavos y anglosajones, renovaron sagas de las umbrías invasiones de los siglos IX al XI según registros rúnicos, y podría decirse de ellos con los versos de Espejel: “[...] el mar que nos arrastra hacia la orilla y nos deja varados como latas vacías / como la envoltura de una ballena que nadie puede recoger de la playa porque ya es tarde / es siempre demasiado tarde”.

Pero el canto del vate sigue adelante como el Fram, la goleta a todo trapo, pues su nombre es destino, desde la tibia Funchal hacia las nieblas del sueño y los pliegues gélidos del mar austral; casi un sarcófago flotante. El extenso poema continua e inculca la otredad, la hipotermia, la conmoción del yo al ser el otro, la otredad a la deriva de las emociones en una perpetua bruma antártica. Allí, sobre las aguas de Georgia que es como navegar sobre los dorsos de las ballenas azules venidas desde las costas de Luanda para saciar su hambre, a la manera del navegante trágico que, según el *dictum* de nuestro poeta “[...] se batía como un remo frente al mar de su inventiva”. Las banquisas polares paulatinamente disueltas son oportunidades para la reflexión y el reclamo que así se afilia a Harry Martinson contra las heridas infligidas a la Tierra, cuya historia la resume una tristeza sumergida en la decisión suicida, y su *Aniara* (esa epopeya espacial, ese poema distópico inclasificable de 103 cantos —1956—). *Antártida* no es el grito de Greta Thunberg, sino la fatiga acumulada también en la generación de nuestro poeta ante la extinción inminente, con versos caídos como gotas, pues, “en el crepúsculo / podía vislumbrarse / todavía un / pañuelo / blanco”. En la frontera del desastre, sin aspavientos, su voz deja constancia de glaciares licuados por el extravío de los tratados incumplidos merced a la incuria humana, mientras su Antártida, que también es nuestra, astilla los labios con carámbanos de insomnio. Pero el calor y el frío son también metáforas propias y ajenas que admiten interpretaciones del amor, la ausencia, los recuerdos y sus cicatrices, el origen y la vida misma, frágil como una barcaza a la deriva, ligera cual copo de nieve en el aire sobre los fósiles del pasado y el silencio.

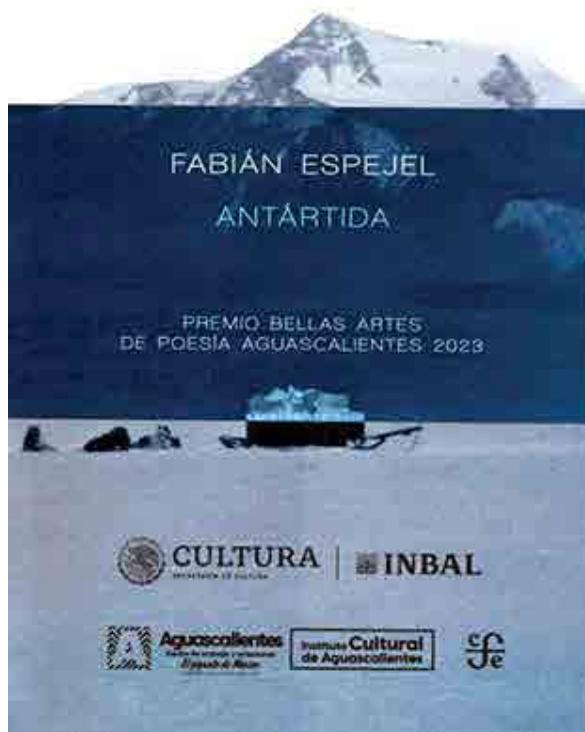
Espejel no sólo ha trabajado en varios planos una crónica de conquista entre poemas de múltiples voces, *Antártida* pone en este juego de dados, formatos y fuentes de letras que recuperan estilos escriturales vivificantes por la eficacia de los recursos. Así, aparecen en una sucesión afortunada variantes tipográficas con un sutil aroma de caligrama a la manera de Apollinaire, sin llegar a serlo, pero más cerca de las páginas de *Blanco* de Octavio Paz, donde el espacio es componente del

**“Espejel no sólo ha trabajado en varios planos una crónica de conquista entre poemas de múltiples voces, Antártida pone en este juego de dados, formatos y fuentes de letras que recuperan estilos escriturales vivificantes por la eficacia de los recursos”**

poema. Pero en este caso combinado con imágenes para renunciar a ser lineal, echar mano de la semiótica que transporta al lector a la posibilidad de variadas creaciones, y proveer siluetas donde fluye la imaginación. Por lo demás, a veces las palabras inconclusas son pequeñas invitaciones a construir el poema, y la integración de nuevas voces otra forma de erigir el idioma con la cadencia por delante: nevidad, nívida, nóneva, návira, nevura, navias, nevias. Vocablos que proclaman las posibilidades de recreación de la lengua, como el adjetivo “acuarimantado” de Minerva Margarita Villarreal a manera de guiño a Porfirio Barba Jacob con su ciudad imaginaria. Y así, con musicalidad joyciana, Espejel enriquece el léxico con inusitada musicalidad:

“hemos nevado en una nieve nueva ha nueve nieves en una nínive nevada desde un navío que navegó la nívea noruega la nóneva nambia hasta ennevar la niebla viva en la nevaza”

Y, sin embargo, quizá Espejel seguía a su manera los pasos del propio Martinson, Premio Nobel 1974, el autodidacto de la Academia Sueca, en pasajes de un canto



al fin de la humanidad donde igualmente hizo su idioma en la “goldondra” espacial porque, auxiliado por neologismos y el idioma “dorisburgués”, afirmó el huérfano de Jämshong:

“Aquí no dormita ningún chadvick, dice Daisi, me conmueve yéider, estoy vlam y góndel, mi deid es gándel y mi contienda es rónel y veptada en taris, glandida en deld y yóndel”.

Mas, qué dolor existencial anida en este poema nuevo, qué angustia santifica el día cuando la luz del sol se vuelve escarcha o pequeñas señales para volver a casa, al deseo somnoliento de una Ítaca feroz. Cuántos desvelos oculta el ser que escribe cuando se lee a sí mismo. “[...] Cuál de todos mis rostros / calla desde adentro?”, se pregunta el bardo, que en estos versos ha viajado demasiado lejos hasta las antípodas de su corazón. Quizá logremos una versión íntima al leer sus cicatrices mientras el escribano se refugia en los ámbitos del lingüista y la pluma del traductor de alucinaciones.

Si debiera encontrar un reflejo musical sobre la obra de Espejel, no acudiría a mi mente ninguno de los cinco movimientos de Ralph Vaughan William en honor a la fallida expedición Terra Nova de Robert Falcon Scott, sino la *Sinfonía Antártica* de Nicolás Sorín en un *crescendo* perpetuo. No sólo por la cercanía generacional y esa antisolemnia del argentino, aunada a la conjunción de géneros, sino por la expectación tonal que hay en la majestuosidad del continente blanco, aun en la desesperanza, donde emerge siempre un diario épico e inconcluso porque: “Allí termina todo / y no termina: / allí comienza todo [...]” según las *Piedras antárticas* de Neruda con sus esquemas asonantes y consonantes.

Espejel dice no haber pisado suelo escandinavo, los círculos polares son ajenos a sus experiencias, pero hay un grito entre sus versos que se antoja salido de Edvard Munch, el disecador de almas; el aliento de su palabra flota desnudo como las alegorías escultóricas de Gustav Vigeland; su reposada visión del poema parece cobijarse con el cielo báltico de la ínsula de Lidingö, sobre *La mano de dios* de Carl Milles; y los acordes de la sinfonía final de Sibelius podrían acompañarlo de repente al inicio de la gran travesía hacia un sol de medianoche. Fabián Espejel es un joven, pero maduro poeta, que ha rehuido en esta obra de los temas erosionados con formas tradicionales y buscó una fusión inusual para su primer libro ahora galardonado (Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023), erguido como los manzanos en las huertas familiares de Bergen, trepando sobre las siete colinas para adivinar los fiordos y, ciertamente, con la promesa de futuros frutos a la manera de una poesía renovada. P

# La sociedad mundial externalizante

*Stephan Lessenich demuestra que toda la estrategia de desarrollo socioeconómico de la sociedad industrial europea y norteamericana se basa —y se basó desde el comienzo— en el principio del desarrollo a expensas de otros*



Por **Fernando Mancillas Treviño**  
Profesor-Investigador  
de la Universidad de Sonora  
fernancillas@yahoo.com

El sociólogo Stephan Lessenich (1965, Stuttgart, Alemania) narra en su crónica de la peor catástrofe medioambiental sucedida en la historia de Brasil: “Mariana, 5 de noviembre de 2015, en la ciudad minera situada en el estado federal brasileño de Minas Gerais se rompen los diques de dos presas de contención donde se recogen las aguas residuales de una mina de hierro. Sesenta millones de metros cúbicos de lodo con alto contenido de metal pesado —un volumen que llenaría veinticinco mil piscinas olímpicas— se vierten sobre la comunidad colindante de Bento Rodrigues y en el curso fluvial del Río Doce. Según Samarco Mineração S.A., la empresa que gestiona la mina, los lodos residuales, tras verterse de la presa a causa de un pequeño terremoto, sepultan los pueblos de montaña adyacentes y partes de sus habitantes, convirtiendo el antiguo ‘Río Dulce’, en las tres cuartas partes de sus 853 kilómetros de longitud, en una corriente tóxica de residuos de hierro, plomo, mercurio zinc, arsénico y níquel. Como consecuencia de ello, unas doscientas cincuenta mil personas se quedan súbitamente sin suministro de agua potable. Al cabo de catorce días, la marea roja alcanza la costa atlántica y se vierte en el mar, dejando tras de sí un ecosistema devastado”.

Si bien el cataclismo sucedido en el Río Doce es una desgracia para la naturaleza y las personas que coexisten en ella, no fue un accidente por razones naturales. Sus causas fundamentales no se explican por factores “naturales”. Lo acontecido en Mariana, Minas Gerais, Brasil es causado por el sistema económico mundial y sus modelos de desarrollo en los cuales se privilegian estrategias de mercado mun-

**“Si bien el cataclismo sucedido en el Río Doce es una desgracia para la naturaleza y las personas que coexisten en ella, no fue un accidente por razones naturales”**

dial de las empresas transnacionales, en su avidez por los recursos y materias primas extraídos de los países subdesarrollados.

Lessenich señala que para comprender ésta y otras catástrofes ecológicas en el mundo entero, es necesario observar las estructuras de relaciones socioeconómicas globales y sus correlaciones recíprocas, en las cuales el desarrollo histórico de la modernidad occidental se basa en los mecanismos de dominación colonial y neocolonial sobre el conjunto del mundo, en los que la producción de riqueza a costa de otros y el goce del bienestar a expensas de otros se sustenta

en la externalización de los costos y las repercusiones del “progreso”.

Los datos presentados por la organización internacional Oxfam en el Foro Económico Mundial de Davos, revelan una tendencia al incremento de la desigualdad mundial del nivel de bienestar, en el cual, en 2016, el 1% más rico de la población mundial concentraba y acumulaba tanta riqueza como el 99% restante. En la polarización de la riqueza el diagnóstico de Oxfam destaca que las 80 personas más ricas del mundo disponen de la misma cantidad de recursos materiales que toda la mitad más pobre de la población mundial globalmente, es decir, 80 frente a 3 mil 500 millones de personas.



El sociólogo, Stephan Lessenich.

Fotos: Cortesía

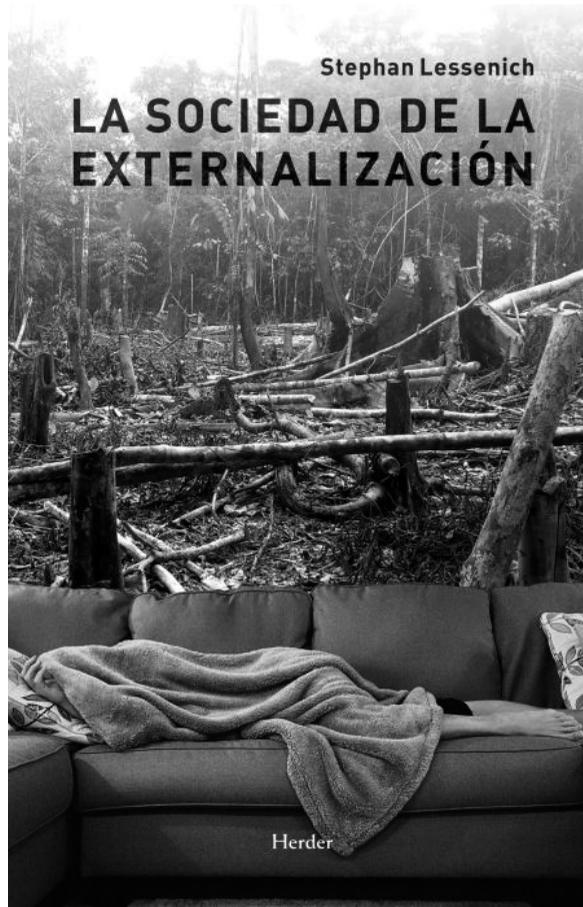
En su exhaustiva investigación científica, Lessenich demuestra que las sociedades ricas y elevadamente industrializadas del mundo deslocalizan las repercusiones negativas, efectos contaminantes y daños ecológicos de su actividad transfiriéndolas hacia a países y regiones del mundo más pobres y subdesarrolladas sociohistóricamente. En consecuencia, “toda la estrategia de desarrollo socioeconómico de la sociedad industrial europea y norteamericana se basa —y se basó desde el comienzo— en el principio del desarrollo a expensas de otros. En este sentido, externalización significa explotación de recursos ajenos, transferencia de los costos a personas ajenas, acaparamiento de las ganancias en el interior, fomento del ascenso propio a base de obstaculizar (e incluso llegando a impedir) el progreso de otros”.

El autor argumenta en su investigación que «la externalización designa aquella lógica con la que funciona el sistema capitalista mundial, pero es ejercida por agentes sociales que existen realmente. Y quienes la ejercen no son únicamente grandes consorcios y gobernantes, ni son sólo élites económicas y políticos poderosos. Sino que también es ejercida con la aprobación tácita y la participación activa de amplias mayorías sociales. “Nosotros”, los ciudadanos y las ciudadanas del mundo que se declara a sí mismo “occidental”, vivimos en sociedades externalizadoras, o en la gran sociedad del norte global. Vivimos en la sociedad externalizadora, la vivimos... y vivimos bien así. Vivimos bien porque otros viven peor. Vivimos bien porque vivimos de otros, de lo que otros tienen que realizar y sufrir, hacer y padecer, sostener y soportar. [...] La externalización es en igual medida una estructura, un mecanismo y una praxis. Lo último es especialmente importante, y no sólo analíticamente, pues, después de todo, las estructuras y los mecanismos sociales sólo se vuelven vivos y eficientes gracias a la actividad práctica de los hombres»

### El “componente correlativo” y la praxis social

Para comprender la moderna sociedad de la externalización es necesario un análisis sociológico crítico, aduce el autor, que permita comprender el “componente correlativo” de la dinámica capitalista y de la desigualdad social. “Vivimos en un mundo de correlaciones, tanto en lo pequeño como en lo grande. Guardamos múltiples relaciones con los demás, unas más estrechas y otras más lejanas. Cómo vivimos y qué somos se define a partir de estas relaciones sociales y no es concebible sin ellas. Lo que hacemos siempre repercute sobre otro, igual que lo

**«Para comprender la moderna sociedad de la externalización es necesario un análisis sociológico crítico, aduce el autor, que permita comprender el “componente correlativo” de la dinámica capitalista y de la desigualdad social»**



que no hacemos. Unas veces son efectos más directos, otras veces sólo mediatos, y otras veces apenas registrables. En suma, el mundo social es un mundo de correlaciones y de referencias recíprocas. Darse cuenta de esta circunstancia elemental y tomársela en serio al observar la sociedad es expresión de una perspectiva sociológica”.

La explicación sociológica de las desigualdades sociales globales en una sociedad de la externalización, se sustenta en el análisis de tres dimensiones: 1.- Las asimetrías de poder estructurales en la sociedad mundial. 2.- La comprensión de la externalización como un mecanismo de explotación pluridimensional y globalizado. 3.- La dimensión práctica de un *habitus de externalización*. Por lo tanto, en “la sociedad de la externalización el poder consiste en la oportunidad de descargar sobre otros los costos del estilo de vida propio, y esta oportunidad está estructuralmente repartida de manera desigual. Lo está porque determinados colectivos sociales han logrado apropiarse de las posibilidades de externalizar negándoselas al mismo tiempo a otros. [...] La desigualdad del poder y la dinámica

de explotación en la sociedad de la externalización se vuelven socialmente activas y se estabilizan socialmente gracias a un *habitus* específico de aquellos que operan explotando desde posiciones de poder: la externalización se convierte para ellos en una praxis social que perciben como posible, usual y legítima, y que por eso realizan como si fuera obvia”.

Stephan Lessenich (1965, Stuttgart, Alemania). De 1983 a 1989 estudió Sociología, Historia y Ciencias Políticas en la Universidad Philipps de Marburgo. En 1993 obtuvo su doctorado en la Universidad de Bremen. Realizó su Habilitación en la *Georg-August-Universität Göttingen*, en Gotinga.

A partir de 2004 fue catedrático de Sociología, en la Especialización de Análisis Cultural y Social en la Universidad Friedrich Schiller de Jena, así como director, junto con Klaus Dörre (1957, Volkmarshausen-Külte) y Hartmut Rosa (1965, Lörrach) del Grupo de Investigación de Sociedades de Postcrecimiento (DFG), en el Instituto de Sociología. En el semestre de 2014-2015, fue sucesor de Ulrich Beck (1944, Słupsk-2015, Múnich) en la cátedra de Estructuras y Desarrollo Social en el Instituto de Sociología de la Universidad Ludwig Maximilians de Múnich.

De 2013 a 2017 fue presidente de la Sociedad Alemana de Sociología. En junio de 2017 fue cofundador y presidente con Claudia Stamm (1970, Würzburg) del partido Mut. En julio de 2021 fue profesor de Teoría Social e Investigación Social y director del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt. En 2021 recibió junto con Hartmut Rosa y Klaus Dörre el Premio de Investigación de Turingia, en la categoría de investigación básica.

Su programa de investigación científica cubre la macrosociología comparada, la investigación del Estado de bienestar, micro sociología y la sociología de las edades.

Es autor de: *Sociology, Capitalism, Critique*, con Hartmut Rosa y Klaus Dörre (Verso, 2015); *Límites de la democracia, La participación como un problema de distribución* (Herder, 2022); *¿Qué falla en la democracia? Un debate entre Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa* (Herder, 2023); *Ageing Volkswagen as Future: A Study by the Foundation*, con Frieder R. Lang y Klaus Rothermund (Springer, 2024).

Stephan Lessenich, *La sociedad de la externalización*, Barcelona, Ed. Herder, 2023, 228 páginas. 📖

# La conquista



Por Jazmín Félix

Escritora y editora, estudió Ciencias de la Comunicación en la UABC  
giselle.felix@uabc.edu.mx

Las expectativas de esta cita son sexuales. De no haber al menos un beso o algún agarrón de cintura, se acabaron mis intentos de conquista por Bumble.

Es un gringo de mi edad con quien acordé verme afuera del trabajo, el último diario de la ciudad. Está recargado en la pared, afuera del periódico. La luz velada del alumbrado público muestra parcialmente su rostro, destaca sus ojos, la sonrisa divertida al verme aparcar entre el chillido de la defensa y la puerta destartalada. Persigue con la mirada la aprisa de mi taconeo, el gesto apesadumbrado por la demora.

No le voy a decir que hace unos minutos fui al cajero y olvidé el dinero retirado. Regresé hecha bolas, con la desesperanza grabada en la frente. Que tuve suerte de que un chico honesto lo tomara y me lo entregara, la cantidad completa en la mano.

Tampoco le contaré sobre el manojito de nervios en que me convertí durante esos cinco minutos de adrenalina, ni que corrí hacia acá maldiciendo mi despiste agravado, preocupada por llegar tarde y causar una mala impresión. Aliviada de no haber perdido los quinientos pesos que no me sobran.

En su lugar digo que fui a un mandado, seguido de un “sí soy real”. Como si el escándalo de la ruina a mi espalda, el sudor que recorre mi sien, esta banqueteta empolvada saturada de hoyos que amenazan el tobillo, no fueran la escena más cruda que sus ojos de primer mundo hayan visto.

El gringo endulza el amargor de mi desaliento con un cumplido a mi vestido. Agradezco. Los dedos de mis pies se aflojan, la tensión en el entrecejo desaparece. Pienso en mi yo ingeniosa de la mañana, la que optó por la prenda *vintage* de color crema que conseguí en un tianguis en cincuenta pesos gracias a una quemadura de cigarro en el plisado.

Supe que el vestido sería buena elección porque, cuando acepté salir con el gringo, estudié su perfil en la aplicación de citas: camisa blanca, maletín de cuero color marrón de profesor de letras, pantalón de vestir, saco con estampado de cuadros. Un tipo de estilo clásico, con gusto por la moda. La prenda de mamá de los 60's le parecería culta y bonita, no como a los iletrados con los que he salido cuyos ojos se espantan

**“Él compra Delicados, dice que disfruta el sabor del tabaco en la lengua, yo Lucky Strike, son los que fumo por costumbre desde la universidad”**



Ilustraciones: Archivo Palabra

al ver mucha tela, las rodillas escondidas. Nada de piel para avivar su excitación.

No esperaba menos de un candidato a doctor de Princeton. ¿Cómo será besar a un estudiante de una de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos?

Sus labios deben saber a pasta de dientes fina, a cerveza en tarro. Su cuello olerá, seguramente, a pasto recién cortado y páginas de libro. Al sudor y al alcohol de las fiestas de fraternidad. A préstamo estudiantil.

Pero me acerco, lo beso en la mejilla, y me sorprende su perfume de cuero y tabaco. Es un alivio que no apeste al polvo de las carreras fuera de camino, a licor rancio, dólares salpicados de orines y semen. A gringo repugnante que se bebe la ciudad en una noche.

Pregunto si quiere un tour, responde que sí, que nunca ha visto un periódico por dentro. Me regocijo, es mi momento de brillar. La pena me hace titubear cuando entramos y lo primero que vemos es el suelo,

extenso y deprimido, las manchas con relieve se sienten en el talón, atraviesan la suela del zapato. Pero no se inmuta; su romantización de la pobreza debe estar en otro nivel.

El gringo habla y su acento entrenado me deja boquiabierto. Debió crecer en Los Ángeles, rodeado de paisanos, su profesor de español fue nativo. Quizá tenga raíces latinas, alguna exnovia hispana. De otra forma no me explico su dominio del idioma. Dice “chilo”, así, “chilo”, no “chido”. ¿De dónde salió este gringo tan bajacaliforniano?

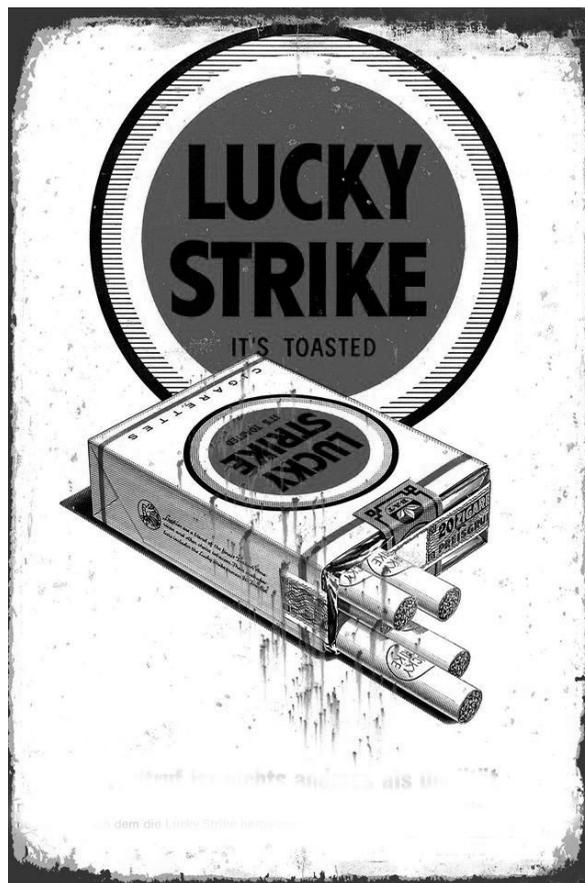
El sonido de la rotativa irrumpe el diálogo. “¡Ah!, la máquina imprime 5 mil ejemplares al día, también algunas maquilas”, le explico, señalando la impresora gigante que escupe las 9 secciones del periódico. Le digo que antes era el cuádruple, pero que la prensa está en decadencia, igual que el periodismo, los periodistas, los sueldos. Me trago la saliva amargosa retenida en la boca al reflexionar sobre el declive del oficio de mis sueños.

Le muestro la redacción. Intento desviar su mirada de los círculos de humedad en las paredes, los agujeros escurridos del techo. De espaldas, mientras rebusco la sección que edito, suelta la boca para llenar los huecos de silencio. El gringo se calla; reciente su sonrisa en la nuca, los ojos sobre el dobladillo del vestido, un cosquilleo sube por mis talones, la espalda. Me giro para detener su mirada, los nervios me dominan. Deslizo el manojito de páginas, le muestro a detalle. Al fin dejamos de hacer contacto visual y respiro.

Le indico dónde está mi escritorio. Ambos nos detenemos a observar el paisaje turbio que miro a diario: la noche atravesada por cables de la CFE. Abajo, en la calle, los monstruosos baches en los que se traban los neumáticos de los carros que pasan.

Se acerca a la ventana, pasea los ojos por la banqueta fragmentada. Hace semanas, parada en una de las amplias grietas, fui testigo de cómo un grupo de personas levantó a una chica que gritaba auxilio. Ese margen de concreto soportó el latido de mis pies ansiosos, encharcaron mis lágrimas los hoyos en los hoyos. Cientos de cigarros pisoteados por cuatro años. Cuatro años en este agujero hecho de telarañas y hongo. La banqueta resume la mitad de mis veinteaños, y el gringo desvía la mirada tras la breve pausa. Él nota los charcos de las últimas lluvias, las estrías profundas que atraviesan el hormigón. Yo miro mi vida.

Bajamos. Antes de subir al auto, le advierto del olor a estanque en la tapicería por la vez que caí en un



vado, los *tuppers* revueltos en el asiento trasero, los ruidos sospechosos provenientes del motor. Acelero por la calle Segunda, doy vuelta a la Gastélum, aparco frente a El Trocadero.

Por ser lunes, el lugar está solo. El cantinero tiene medio cuerpo desparramado en la barra. Me acerco a ordenar un caguamón de Indio, si no le espantó mi lugar favorito de mala muerte, tampoco lo hará beber cerveza barata. El chico parece mi tipo, no le he detectado un solo gesto de tirria.

Sentada al fondo de la mesa circular, mi brazo derecho golpea las fotografías de la vieja Ensenada exhibidas en la pared. Él mueve la silla, dice que para estar más cerca. Tiene los ojos más lindos que he visto: dorados, rayos de miel alrededor de las pupilas. Emiten una luz reverberante.

En algún punto de la conversación, mientras explica el tema de su tesis, algo sobre literatura mexicana del Porfiriato, coloca su mano en mi espalda. Los cinco dedos, la palma completa. Casi puedo sentir la corriente de sus venas, el fluir de su sangre. Percibe mi cohibir, la tensión en mi trapecio, pero en lugar de apartarse, se ríe. Tengo que parpadear varias veces para razonar su descaro.

—¿Te molesta que te toque?

—No, pero estoy acostumbrada a ser yo la que toca a la gente. Suelo ser muy expresiva con el cuerpo.

—Yo no, pero quiero estar más cerca de ti— asegura, sin quitarme la mirada de encima.

Desliza la mano hacia mi hombro. Estoy indecisa de si enfocar los ojos en sus uñas ovaladas, de escritor que vive de su escritura, en la sonrisa pícaro, o en su mirada concentrada en la mía. Pronto el alcohol hace que mi cuerpo se relaje, mi espalda se alacia en su tacto.

El gringo conoce poco sobre literatura contemporánea latinoamericana, menos sobre autoras mujeres, de cualquier nacionalidad. Le doy una cátedra sobre mis favoritas: Schweblin, Melchor, Garro, Ampuero, Poniatowska, Sosa Villada, Ernaux, Guerreiro, Nothomb, Enriquez, Rivera Garza, Colanzi, y muchas más. Luego él me cuenta sobre señores del Porfiriato y la Guerra Cristera. Sólo he leído *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano, pero no recuerdo ni de qué trata, así que lo omito.

Lo interrogo sobre sus estudios. Me intriga saber cómo llegó a Princeton, si sus ojos no se quemaron cuando mira las avenidas breves, los parques sin fuentes ni pasto, los cráteres explotados en cualquier calle. El foco que parpadea en nuestras caras sudorosas; en la mía, derretido el maquillaje en la sien, el delineado de labios desatinado. Quisiera saber qué hace aquí, en este puerto lejano cuyo alcalde se hizo viral por morder la rebanada de pastel que lamió su perro, en esta ciudad que tiene una de las playas más contaminadas del mundo. ¿Es un trotamundos?, ¿un conquistador moderno?

No digo que en Nueva Jersey, en su campus limpiecillo, con edificios grises, altísimos, de vidrio y piedra, no haya imperfecciones. Pero aquí todo parece tener un efecto de contraste, el máximo de nitidez. De este lado el agua del grifo no se puede beber, las puertas rechinan más, al pasto le decimos zacate. Allá es césped. Césped kilométrico, para regalar. Aquí no te dejan recostarte sobre el pasto para tener un día de campo. El único día de campo al que he ido se tornó violento cuando apareció en el Parque Revolución un hombre con un bate para golpear a un indigente que le pidió una moneda. Aquí todo está más jodido.

En mi mundo no ocurre que conoces a un tipo de Princeton y sí resulta ser de Princeton. Aquí, si alguien te dice estudiar allí, te carcajeas y te alejas porque seguramente es un lunático. Espero que el gringo no lo sea.

Me explica que en la ciudad vive su mejor amigo de la infancia, lo visita cada tanto. Se conocieron en la escuela, fue la primera persona con quien practicó su español. El hermano de su amigo, de hecho, fue editor en el periódico, su amigo estudió en la escuela de enfrente...

Dejo de escucharlo un rato, mi atención está en su boca: tiene labios finos, los dientes derechos, manchados como los míos, por el cigarro, las innumerables tazas de café negro. Lo peculiar es su bigote: una línea delgada y recta, a la altura de las comisuras, flota en la zona rasurada. Se parece al del actor que interpreta a George Valentin en la película *El Artista*.

Le digo que me gusta su bigote y se ruboriza, inclina la cabeza, elude mis ojos. Luego recupera el control porque enreda su índice en mi collar doble de perlas falsas, hala la tira que aprieta mi cuello. Su yema roza mi piel, acaricia mis nervios.

La emoción que expresamos al hablar de literatura estalla en el aire, hacemos que la mesa vibre. Ambos escribimos desde niños, apenas éramos adolescentes y ya teníamos dos novelas concluidas. Él eligió la academia para volverse escritor, yo el periodismo para sobrevivir mientras me convierto en escritora.

Escuchamos nuestros temores, los sueños se sienten espesos, casi puedo tocarlos. Caen los copitos de ilusión, se esparcen como diamantina en la mesa rayada. En algún punto de la noche, entre la tercera caguama y "La célula que explota", de Caifanes en la rocola, nos tocamos. Nuestras manos comparten el centro de la mesa.

Observo el retrato de Marilyn Monroe para Playboy colgado en la pared detrás de él, luego nuestros dedos entrelazados. Mis yemas tembleques, las suyas deambulan por mi muñeca, trazan mis venas con la uña. Otra vez Marilyn desnuda, recostada sobre un fondo rojo. Los ojos del gringo, fijos en mis labios. La mesa. Una sombra que sale del baño. Sus uñas almendradas. Otra vez Marilyn, la cara roja de Marilyn. Los pezones rosados, erizados, del mayor símbolo sexual de la historia. El hueso en el cuello del gringo. Pasa saliva, esa vulnerabilidad semejante me permite sostenerle la mirada.

—Nunca había conocido a una chica literaria como tú. Menos así, con esta conexión.

—La tenemos, demasiado —es lo único que logro formular—.

El cantinero nos corre con la mirada, es la 1:30 de



la madrugada. Salgo del baño y el gringo ya pagó la cuenta. Me siento una dama de los 60's, hasta me horma mejor el vestido. Retozo hasta la puerta, estoy en las nubes. El discurso feminista que traigo atorado en la garganta me ha hecho pagar por bebidas de doscientos pesos a medios hombres cuyas conversaciones no han estimulado ni uno solo de mis vellos. Sé que yo valgo más que sólo tres caguamas, pero el gringo también. Vale la caja completa. Toda una botella de whisky.

Salimos. Le sugiero ir por cigarros a un Oxxo. Camino lento, quisiera extender las horas. Deseo que la tienda de conveniencia esté lejos. Que no haya cigarros, que ése único Oxxo no tenga y debamos recorrer más cuadras. Tendré que fumar lento, lentísimo.

Él compra Delicados, dice que disfruta el sabor del tabaco en la lengua, yo Lucky Strike, son los que fumo por costumbre desde la universidad. Somos tan cliché que tengo que mirarlo detenidamente para verificar si es real: su cabello, peinado hacia la izquierda, el botón de la camisa, abrochado justo en el pecho. Luego su sonrisa. Su sonrisa que hace cosquillas, ahoga, entumece. Su sonrisa que me zarandea y enreda mis extremidades. Su

sonrisa que me vuelve garabato, hilo corrido, sin fin. El efecto de su sonrisa paseándose por mis huesos, debilitándolos.

La noche se derrite en nuestras bocas. Fumamos. La calle está sola, alumbrada por luz lagañosa. Las coincidencias surgen el resto de la noche: ambos somos los hermanos de en medio, nuestros padres son gente corriente, de oficios serenos. No fuimos buenos estudiantes durante la preparatoria y los profesores no hubieran dado un peso por nosotros.

Suspiro, el corazón lo reciente. Respiro, las fosas me arden. Siento la piel abierta, como si alguien me hubiera arrancado la primera capa y el filo del aire la atravesara. En lugar de que mis vellos se ericen, todo mi cuerpo se encrespa. Soy un músculo que late en carne viva. Soy una hoja que vuela y truena, una hoja que se mece y acaba en trocitos, esparcida en la tierra, la playa. La arena en la mejilla del gringo.

En el auto, me pide que nos veamos mañana. Sonrío. Por supuesto que nos vamos a mirar, no dudo en decir sí antes de que termine la frase. Las tretas de conquista no valen con él. Esto es una aventura, qué importa si parezco ansiosa o demasiado interesada. Detengo la necesidad impuesta de darme a desear y prefiero hacerme al deseo. Qué las sensaciones y los impulsos cedan en nosotros igual que las manos entrelazadas.

Una patrulla nos sigue. Veo por el espejo exterior que enciende los códigos. Recapitulo los minutos de trayecto desde que subimos al carro: semáforo en rojo, lo respeté, también marqué vuelta a la izquierda. El gringo abre bien grandes los ojos. Policía mexicana, morra con carro que truena, salida de un bar de mala muerte; si yo fuera él, estaría aterrada. Maldigo por haber bajado el gafete de editora, cuando los polis lo ven colgando en el espejito retrovisor, se cuadran. Recuerdo los doscientos pesos que traigo en la cartera, ¿serán suficientes para convencerlos? Miserables cerdos arbitrarios.

Bajan de la unidad dos oficiales, la mujer le pide al gringo que la acompañe y se alejan. El policía me encamina a la patrulla. Solicita licencia de conducir, tarjeta de circulación... los coloco en su mano, he estado muchas veces en esta situación. Justo en este doble carril, frente a El Pirata, me estacioné hace tres años, por bruta, distraída, y me tumbaron 2 mil pesos recién sacados del cajero.

El policía inspecciona los documentos, yo me

grabo el número de patrulla. Lo repito varias veces en mi cabeza hasta sentir la mirada del oficial en la frente. No la desvío, si parezco débil, hará lo que quiera conmigo. Tengo que aparentar seriedad, como si tuviera idea de lo que hago. Lo bueno que hoy me vestí de mujer circunspecta. Uno de esos *oufits* con escote pronunciado y cinturón de charol con los que a veces me arriesgo, hubieran levantado la ceja del animal este...

—¿Hay algún motivo por el que me detuvo, oficial?

—Tiene aliento alcohólico.

—Me tomé una cerveza, hace hora y media que cerraron el bar.

—Pues tu aliento despide alcohol.

—Usted sabe que estoy perfecta.

—¿A qué se dedica, señorita?

—Soy editora de un periódico —el oficial frunce el entrecejo—, de *Policiaica*.

—Vamos a tener que acudir a comandancia.

—¿Qué quiere que haga?

—Pues no sé, usted dígame, ¿cómo podemos arreglarnos?

Hasta las frases que utilizan para pedir mordida están desgastadas. ¿No podrían ser más originales? Se me viene la imagen del billete, delicadamente doblado en una división de la cartera. Me pienso en el bote de la Novena, a papá despertando para venir a pagar la fianza. Ni loca, tocará aguardar las 12 horas entre orines.

—No traigo dinero, cheque mi carrito, oficial— le aviento una mirada de obviedad. Hace tiempo vengo manejando “que sea lo que dios quiera, a su madre”, como lema de vida. Quizá la cerveza sí me afectó el juicio.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿Y su amigo no trae dinero?— veo al gringo, parado a unos metros, junto a la oficial. Es un alivio que al acompañante del presunto ebrio siempre lo dejen ir. Demasiado guapo y delicado como para experimentar una madrugada en el bote.



—No creo, es estudiante de letras, y yo una pobre editora.

Tocaré llorar. Dar lástima siempre me ha funcionado con los policías. Agarro aire para que el chillido tristón salga a presión, con más ganas.

—Se lo pido oficial, haga su buena acción de la noche— mi boca se deprime de forma natural.

—Bueno, váyase con cuidado— libera mi licencia, la aprieto contra la palma. En el auto, la guardo en la cartera y veo que el billete de 200 pesos no está. Me salvé de 12 horas de revoltura y desvelo, de mirar al gringuito perderse en la noche mientras me suben en la patrulla. Hubiera sido una desgracia de cita.

Abro las ventanas del carro para tomar aire. Mantengo la mirada en el retrovisor para cerciorarme de que la patrulla se alejó. El gringo toca mi hombro al percibir mis nervios, su gesto me calma. Sonríe, apacible. La noche destaca su silueta, los ojos briosos que me ven como si fuera la gran cosa. Regalaría paladas de horas de escritura por recostarme bajo su mirada, drenado de mi cuerpo el amargor, el humo de mi garganta, el grumo que soy.

Detengo el auto frente al alojamiento del gringo. Él asegura otra cita para mañana, de día, antes de irme a trabajar. Otra en la noche, con cerveza o café, lo que sea. Cualquier bebida es pretexto para volver a tentar a la Policía. Nos carcajamos.

Sus ojos llamean. Me duele la punta de cada dedo del pie. Pierdo el acelerador, el freno, se los tragó el motor, el calor los derritió, se hundieron en el bache sobre el que aparqué. Nos acercamos, recojo su beso. El gringo empuja mi cara, su pecho contra el mío. Me envuelve, casi puedo escuchar el rechinar de mis costillas.

Revivo el beso en la mañana, la sombra de sus dedos en la cintura. Un escalofrío me hace cerrar los ojos, sumergirme en las sábanas un momento. Me levanto, arrastro el recuerdo hasta el baño. Agarro del piso el vestido hecho rollito, huele a su perfume, al mío, a una mezcla de delirio y cerveza barata, desodorante de *Nivea*, sudor.

Son las 8:00 a. m. Quedamos de vernos temprano, ¿qué será temprano para él? ¿ya despertaría? Observo en el espejo las ojeras verdinegras que reducen mis ojos, el rímel corrido, las cejas desdibujadas. El óxido alrededor de la llave del lavamanos; por más que lo tallo el dorado corrosivo no sale. Es demasiado temprano, debe seguir dormido. Escupo la pasta.

Lo medito mientras escucho las noticias y preparo el desayuno. Me sirvo la segunda taza de café. Atisbo el papel aluminio que cubre la estufa vieja, la mancha de agua filtrada en el techo que algún día colapsará. El recibo de agua que no he pagado sobre el mantel aruñado por mi gata, que ronronea en mis piernas. El collar descarapelado de la minina empalagosa, la mancha de aguacate en la loseta, justo en la punta de mi chancla. El esmalte rojo carcomido en la uña del dedo gordo de mi pie derecho.

Mejor no. ¿Para qué verlo de día? La luz del sol es para la gente que mantiene una relación. La noche es para lo casual, lo que tiene final, las aventuras como esta. Para qué quiero que el día revele el gris de mi piel, el moho aglomerado en las esquinas de mi cuerpo.

A las doce, cuando ya no hay posibilidad de vernos, le envié un mensaje para comentarle que podremos salir hasta la noche, ocurrió un contratiempo. Dice que, si me apetece, después de las cervezas de al rato, podemos relajarnos en su Airbnb. Recojo de la cama el bulto de ropa sucia que soy y me meto a bañar. Demoro una hora entera depilándome, perfumando cada hueco. Encuentro en el fondo del cajón un calzón de encaje. Hace meses que no me saco brillo. El cochambre sigue adherido, ni las pinzas ni el exfoliante más fino logrará liberarme de la lepra que florece de mis poros, pero es suficiente para disimularlo.

La jornada laboral la paso con los dedos en la edición y la cabeza recreando escenarios posibles para esta noche. Cualquier pretexto sirve para ir al baño

a empolverarme la cara, limpiar el tacón de los botines por quinta vez. Mis compañeros se burlan del cambio de ropa elegido, cuando afuera un solazo revienta el pavimento: una falda en “corte A” con cuentas, blusa de cuello negra, accesorios sobrios de color dorado. Por asuntos menores y patanes me he insolado, qué son unos chorros de sudor.

Quedamos en una cervecería de la Zona Centro. Me lo topo en el baño, viste camisa y pantalón negros. Nos acercamos, enrolla la mano en un mechón de mi pelo revuelto. Su aroma me debilita. Sonríe, me recorre con la mirada, el calor emerge de mi vientre, se filtra por mis poros, estalla en un suspiro. Subimos la escalera de caracol en un juego de gestos torpes, se mantiene detrás, sosteniendo mis nervios. En la mesa, hace que su amigo se quite de la banca con cojines para que yo tome el mejor lugar. Acepto, entre halagada e incómoda, cortesías así no abundan. Cuando te acostumbras a pelear tu espacio en el mundo, que te lo cedan es casi un suceso. Vives arisca, con la guardia en la nuca.

Soy arrollada por preguntas en cuanto me siento. El amigo quiere conocer a la mujer con la que el gringo pasará su última noche en la ciudad. Cuestiona sobre mi trabajo, mis estudios, si tengo visa y planes de estudiar una maestría. Justifico mis ambiciones modestas de ser escritora, aplicar para un posgrado dentro del país, digo que tengo visa pero que sólo voy a la *Ross*. Escucho el corto alcance de mis ideales, mis palabras hechas de provincia y límites, y me avergüenza no estar a la altura.

Luego recuerdo lo mucho que he logrado con lo poco y me inflo de orgullo.

Me distrae la mirada del gringo, sus ojos brillan cuando hablo, me escucha con atención. Prefiero concentrarme en el amigo para evitar congelarme. No entiendo qué le atrae de este cuerpo de hojalata, de láminas enmohecidas y tornillos sueltos. Toma mi mano, la atraviesa sin dominarla. El silencio nos colma, suelto una risita nerviosa, el gringo contornea mis uñas, pasea la yema por el esmalte de *glitter* transparente, se detiene en el anillo. El anillo cuya vendedora me juró que era de acero inoxidable y acabó apagándose el dorado hasta ennegrecer. Me lo pongo por costumbre, para sentir la aspiración al lujo, el viso falso de la prosperidad. Ruego que no vea el reverso, que no lo mueva y se tope con el aro color vómito que rodea mi índice.

Surge la noche entre bebidas cuyos nombres desconozco, cerveza y un debate sobre las diferencias entre los sistemas educativos de México y Estados Unidos. También hablamos de armas de fuego y líderes mundiales. Conozco detalles sobre el gringo que me



sorprenden: pasó de una escuela comunitaria a estudiar en universidades prestigiosas, fue el 1 por ciento en lograr ser transferido, obtuvo becas de excelencia. Su amigo lo presume y él se ruboriza; las dimensiones del gringo escalan de la mesa a las nubes.

El anillo aprieta, me corta la circulación. Siento que el material corrosivo penetra para alimentarse del hueso.

Nos despedimos y dejamos a su amigo. Luego de la parada obligada en taquería El Angelito, para saciar el hambre avivada por el alcohol, él sugiere un café. ¿Café? Yo estaba contando los minutos para ver si alcanzábamos a comprar un seis antes del cierre de venta de alcohol. Un hombre y una mujer en una habitación, solos, ¿sin alcohol? Me parece hilarante. Tengo años sin coger sobria. Digo que sí, tal vez sus planes son charlar. La decepción me desinfla.

Llegamos al Airbnb. Es una habitación con una cama matrimonial, un baño, un sofá y una mesita. Puedo recorrerlo en tres pasos. El vapor del café se disipa a través de la luz blanca, me quemó la lengua al dar un sorbo. El gringo reniega por el golpe lineal del foco en nuestras caras, baja el interruptor y enciende el televisor para obtener una iluminación tenue, pero nos quedamos a oscuras mientras un bolero de Los tres caballeros se desliza por los muebles y rebota en las paredes. Vuelve a prender la luz.

Tiene varios perfumes. Veo las tapas de las botellas de distintas marcas sobre la mesa. El gringo nota que los observo y me muestra cada uno, los exhibe con delicadeza, coloca el rociador en mi nariz. *Zara, Dior, Tom Ford*: el desfile de fragancias masculinas acaricia mi garganta, identifico el de su cuello, el de cuero y tabaco. Me dice que es el de *Zara*, el de uso diario. Me parece que en su cuello cualquier perfume adquiere un tono lujoso. Es su pH exquisito el que me provoca.

A mi izquierda hay tres camisas blancas de *Uniqlo* colgadas en un ropero minimalista, dos pantalones de vestir. El gringo se entretiene al verme inspeccionar sus pertenencias. Sube a la cama la maleta de mano con la que ha viajado a París, España, Colombia. Adentro lleva lo esencial: ropa para diez días, productos de higiene, calzones, y lo imprescindible: tres libros. Dos de autores franceses, otro de Fernando Vallejo, un escritor colombomexicano que, a juzgar por la emoción con que pasea el tomo entre las manos, es su más reciente obsesión.

Lee algunos párrafos, mantiene mi atención un rato, luego me extravió en el tono de su voz, en la vehemencia que rasga su cuello, la sonrisa abierta que curva su cara, los ojos vivarachos que me resucitan. Lo observo y me encuentro en él. En sus pestañas hay una bruma sedosa porque comparte lo que enardece su corazón.

Así me pongo yo cuando hablo de José Donoso. ¿De dónde sacaron a este gringo espléndido? Si Ensenada tuviera capillas al estilo de Las Vegas, correría a casarme con este tipo sin pensármelo demasiado. Este *match* de la vida real no ocurre con cualquiera.

—A mí me cuesta tener pocas cosas. Mi vida no es ligera. Necesito tener bolsas de distintos colores, muchos pares de zapatos por temporada. No cabría ni un tercio de mis libros en tu maleta.

—Soy igual, requerí de mucho valor para dejar mis cosas. Abandoné ediciones preciosas, trozos de mí, en sitios diferentes para aligerar la maleta. Me dolió, pero sólo así pude seguir viajando, ya llegará el momento de establecerme.

Quizá yo debería aligerar mi vida para vivir más.

—¿Dónde te gustaría establecerte?

—Todavía no sé. España, tal vez. ¿Tú vivirías en España?— la pregunta me toma por sorpresa.

## Palabra

—Creo que sí. La verdad es que siempre dije que nunca me iría de México, pero ahora este país no me parece el todo.

También llegué a decir que nunca me podría sentir atraída por un gringo, y aquí estoy, a las 3:00 a. m., inhalando su acento, la mirada coqueta, sus labios que me llaman.

El tema nos encamina a discutir sobre identidad, ¿es la nacionalidad, la familia o el apellido, lo que nos hace ser lo que somos? Doblamos el aire con la tensión de las palabras. De pronto, compartimos el lado izquierdo del sillón, mi mano está en su regazo. Explora mis dedos flacos, la vena saltada de mi muñeca.

—Si te casas conmigo, ¿te cambiarías el apellido?

Pelo los ojos. Su meta es ponerme nerviosa, lo sé.

—Jamás. Mi apellido no es todo lo que soy, pero es la marca de mi familia, no podría deshacerme de algo tan valioso— respondo —, ¿y tú?— le devuelvo la pregunta, así como no queriendo.

—Yo feliz tomaría tu apellido, me encanta. Además, sería feliz de ser mexicano.

Su respuesta acaba con la tensión. “Toda una vida”, de Los Panchos, suena de fondo. En la televisión se queda estática una fotografía de los integrantes de la agrupación, tres hombres con traje y moño recargados en la pala de sus guitarras. Siento el aliento del gringo en mi frente, sobre mi nariz. Respira en mis labios, los roza. Su lengua revuelve mi boca, espesa mi saliva. Se detiene un instante, clava su mirada en mis ojos. Elevamos el beso.

—¿Tienes condones?— mi voz suspende el hervor de pieles.

—No— aparta su boca de mi vientre.

— Iré a comprar.

Se incorpora, recoge un mechón de pelo desparramado sobre su frente. Me calzo para acompañarlo. Las huellitas de *rouge* empiezan en su oído, atraviesan su mejilla, se concentran en el cuello. Me burlo de él mientras abre la reja del hospedaje y salimos a la calle silenciosa. Toma mi mano e irrumpe mi carcajada. Oscilo entre sus dedos. Nuestras palmas encajan, se acoplan con naturalidad, como si las huellas dactilares las tuviéramos grabadas en los nudillos.

Me siento como una adolescente comprando pre-

servativos en la madrugada. Ambos titubeamos frente a la ventanita del Oxxo. La cajera sostiene la risa mientras aguarda a que el gringo elija marca. “M Force”, le cuesta decir. “De los naturales”, añade.

La vendedora se retira con la tarjeta. “Dos paquetes, por favor”, añade el gringo. Mi cuerpo protesta, los pezones se me tuercen. Estoy fuera de práctica, mañana no me voy a poder levantar.

Volvemos al departamento. Me quito el anillo y lo acomodo en la mesita. Estiro la mano, la vena se desahoga.

Reiniciamos los besos. La música dejó de sonar, apagamos la luz violenta, nos esboza la breve iluminación del baño, la pantalla sin voz. Hacen eco los cierres que se bajan, la ropa que azota a nuestros pies. Sigo el camino rojo que tracé en su garganta. Mordisqueo su hombro, él mordisquea mi clavícula. Me estremezco, salto del dolor, pero el gringo pasea la lengua por mi dorso y hace que lo disfrute. Lo abrazo, encajo las uñas en su espina. Aspiro el efluvio agrio concentrado en su axila, sabe a limón rancio y sal.

Caigo sobre el colchón, su mano me atraviesa. Las almohadas están heladas, la sábana húmeda. Me pide que haga menos ruido porque los caseros se quejarán, le digo que entonces no me haga gritar y me muerde un pezón. Me callo unos segundos, hasta que me inunda con su lengua y el gemido contenido explota en grito.

La base de la cama truena bajo mi oído. ¿Son los resortes? ¿Las patas de metal sobre el piso irregular? Son mis paletas, mi columna zarandeada. El óxido adherido a mis lumbares es sacudido. Contemplo mi índice, la mancha verde desapareció.

Retozamos en las cobijas. Ha pasado mucho tiempo desde que me fijé en el reloj. Estoy afónica y ape-



nas usamos un condón. El gringo es todo sonrisas, toquetea el centro de mi cuerpo, la raja húmeda que late en su palma. El desvelo doblega mis párpados, pero un aceite oloroso afloja mis articulaciones, me rebosa. Estoy bañada en oro, parece que dormí diez horas ininterrumpidas, que desayuné chilaquiles verdes con huevos estrellados. Una línea de caramelo salado me recorre. Soy un botón reventado por exceso de postre.

Nos besamos un rato más, aferrados a la desnudez. Me dice que soy única, que me extrañará. Se me desdibuja la sonrisa, quisiera creerle. Promete volver en dos meses, pasará un tiempo en la Ciudad de México para concluir su tesis, luego se quedará dos semanas aquí, “para estar contigo”, dice, y besa mi cabeza. Cuesta, pero finalmente desanudamos nuestros cuerpos.

Decimos adiós con otro beso. Reitera que vendrá en agosto para verme. Me quedo sin aliento mientras subo al auto, lo veo sonreír y pienso que ojalá no llegue agosto. Ojalá no nos escribamos ni repitamos el manjar de besos porque todo lo real acaba y quiero que esta sensación de suspiro, óleo, de punto final y algodón de azúcar, no se desfigure en amor y fracture mis huesos.

El anillo. Imagino el anillo olvidado en la mesita, entre los dedos del gringo. El revés ennegrecido sofocando la lumbre en sus ojos. **P**

# Salman Rushdie: Meditaciones sobre el falso ángel de la muerte



Por Rael Salvador  
Escritor y editor  
raelart@hotmail.com

Más que de ceniza —como el Ave Fénix—, un sentimiento de nieve: la esperanza le hace bien al corazón. Un buen truco, lo dorado de la cerveza en el espejo de cualquier portada, y como decía mi amigo Birkerts, recurrir a los elevados principios de la moral, incluso cuando se está retorciendo la navaja para causar el mayor daño posible.

El escritor Salman Rushdie, nacido en Bombay, India —con ciudadanía británica, quien en la actualidad cuenta con 77 años—, fue apuñalado por las huestes de la intolerancia, violencia explícita —emanada de una subjetividad vergonzante— que en su seno confunde la ficción con su propia ficción: la fanática, contrapuesta a la literaria.

En *Cuchillo. Meditaciones tras un intento de asesinato* (Random House, 2024), la resiente entrega de Salman Rushdie, después del atentado criminal del 12 de agosto de 2022 —en el anfiteatro del recinto de Chautauqua Institution, al norte de Nueva York—, el autor narra lo sucedido cuando iniciaba su conferencia y fue interrumpido por el alarido metálico del falso Ángel de la Muerte...

Abrazado por una estupidez que sólo mataría por accidente, el resultado es el esperado: 15 cortes, entre tajos y empujes de navaja, Salman Rushdie perdió el ojo derecho —donde el filo de la hoja bailó su intento criminal— y paralizó su brazo izquierdo...

Rushdie se refiere al agresor, al autor del atentado, a su asesino potencial —“de manera decorosa”, reconoce—, como “A.”, pero no deja de insistir que es un

**“El autor narra lo sucedido cuando iniciaba su conferencia y fue interrumpido por el alarido metálico del falso Ángel de la Muerte...”**



El escritor Salman Rushdie, después del atentado.

alcornoque, un burro...

Desde luego, porque así se puede acabar con la vida de un escritor, sobre todo fanáticamente para que los imbéciles sobreabunden alrededor de uno.

«Este “A.” —narra Salman en las páginas de *Cuchillo*— no se molestó en informarse sobre el hombre a quien había decidido matar. Según su propia confesión, apenas si leyó dos páginas de mis escritos y vio un par de videos de YouTube donde salía yo; y con eso tuvo suficiente. De lo cual podemos deducir que, fuera cual fuese el motivo de la agresión, no tuvo que ver con los “Versos satánicos”»

Rushdie publicó *Los versos satánicos* en 1988, una novela que salpica de ironía caricaturesca la religión

islámica. Un año después, el 14 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini —en aquel momento, líder político y espiritual de Irán— emitió la dureza de la “fatwa”, edicto que pide la muerte del autor por blasfemia.

Los desplantes del protagonista de la narración, Gibreel Farishta —que emula al Ángel Gabriel de *El Corán*—, están suscritos al desenfado y la broma desde el inicio de la novela: «Para volver a nacer —cantaba Gibreel mientras caía de los cielos, dando tumbos— tienes que haber muerto. ¡Ay, sí! ¡Ay, sí! Para posarte en el seno de la Tierra, tienes que haber volado. ¡Tataa! ¡Takachum! ¿Cómo volver a sonreír si antes no lloraste? ¿Cómo conquistar el amor de la adorada, alma cándida, sin un suspiro? Baba, si quieres volver a nacer...»

La muestra es patente: juegos de estilo sobre lo sagrado y el resto de los capítulos es la persistencia agu-

dizada del escritor sobre el tema: «la relación entre lo secular y lo religioso —en palabras del escritor Efraín Trava, que vale la pena citar a profundidad—. La relación asentada en la incomprensible paradoja de la existencia del otro. El uso de discursos que sólo son entendidos de manera parcial por la contraparte. La lucha de clases culturales en dos niveles simultáneamente: el nivel doméstico, es decir, el de los países como Afganistán, Pakistán, Irán, India, Egipto, que establecen, a través del campo religioso, una clase dominante que impone normas tanto políticas como sociales. Y por el otro lado, el nivel internacional occidental en el que se intenta —si bien no con mucho éxito— crear un espacio para la diversidad cultural. Las relaciones de poder involucradas son complejas: la resistencia religiosa establece una postura primordialmente defensiva en el campo doméstico, en el mundo musulmán».

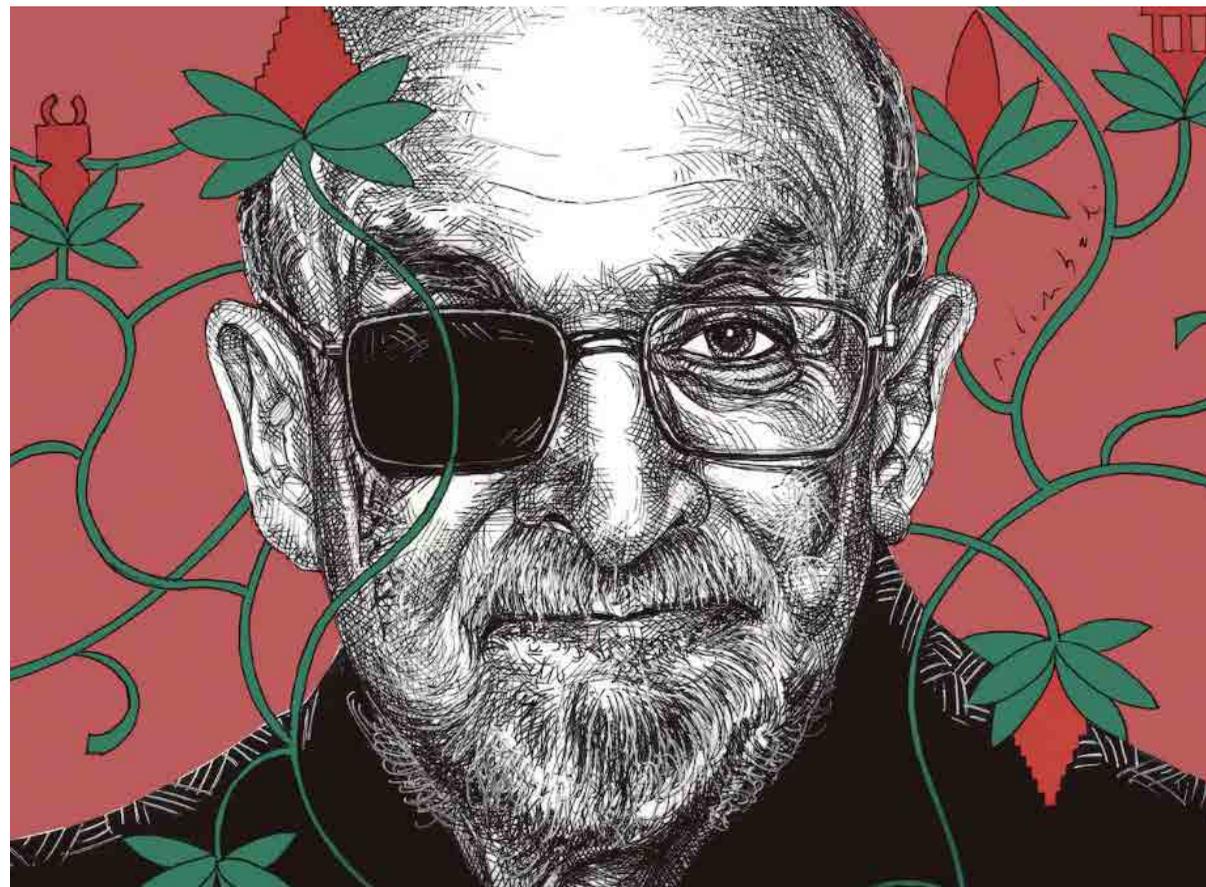
Todo lo demás lo podemos encontrar en las memorias de *Joseph Anton* (libro donde Rushdie también reflexiona sobre la amenaza de muerte), pero después de esa mañana del 12 de agosto de 2022 —en la frustrada conferencia de New York— Rushdie se ve obligado a escribir un capítulo faltante, no el final.

*Cuchillo. Meditaciones tras un intento de asesinato* posee páginas de una presencia amorosa y una belleza ética, digna de editores de verdad —cuando rentan el avión privado, no importando el elevadísimo costo, para que la mujer de Salman le acompañe sin aún saber si está vivo o muerto—. La poetisa norteamericana Rachel “Eliza” Griffiths es el elemento fundamental de que las cenizas posean hoy el benévolo sentimiento de nieve: esa esperanza que, no sólo en la literatura, le hace tanto bien al corazón.

Después de 36 años —y la oportunidad generacional de discutir el tema (el libro circula en México desde su publicación a finales de los 80—, el siglo XXI, más allá de los espectros de su rubro digital, persiste en hacer de la sobrevivencia humana la tristeza de la fragilidad: pandemias, latrocinios, guerras, violaciones, feminicidios, crímenes... y su caro cortejo de obsolescencias éticas que le acompañan.

Si en el escatológico juego de la vida sólo existe el “Bien” y el “Mal” —esa “filosofía moral” en blanco y negro, propicia sólo para perros y religiones—, la confusión de lo “justo” con lo “injusto” —y viceversa— continuará inclinando la balanza hacia la desesperanza sin atributos y ponderando los oficios, como lo es la escritura de novelas, en un riesgo potencial de muerte.

**“¿En manos de quién están los fanáticos de todo orden y de todo orbe? ¿No son ellos mismos la puñalada visible de la educación impartida mostrando nuestro propio fracaso?”**

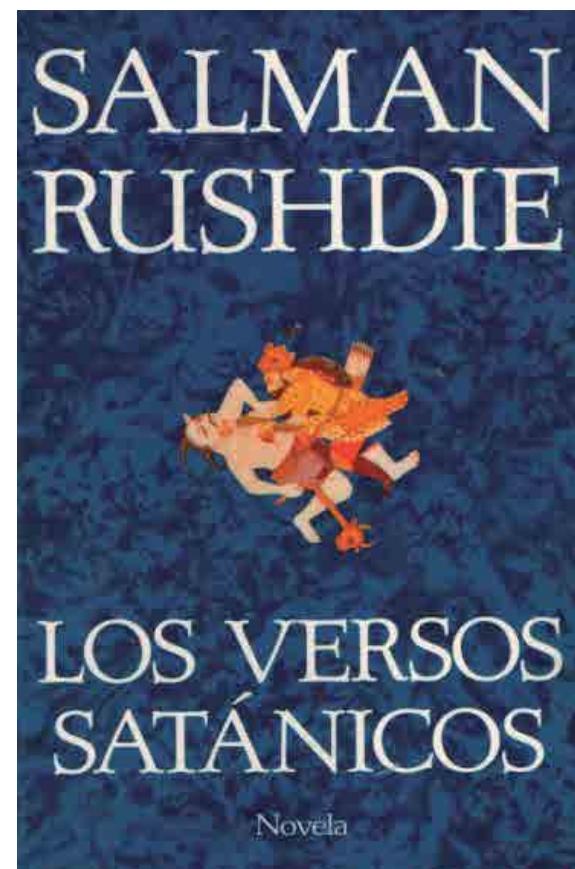


Salman Rushdie, ilustrado por Juan Colombato.

¿En manos de quién están los fanáticos de todo orden y de todo orbe? ¿No son ellos mismos la puñalada visible de la educación impartida mostrando nuestro propio fracaso? ¿Qué giro psicótico torna el acuartelamiento y la clandestinidad de otros escritores —pienso en Roberto Saviano, después de *Gomorra*— en igualdad de circunstancias?

Lo ha precisado con claridad Efraín Trava: «Rushdie, a través de *Los versos satánicos*, intenta crear un panorama en donde las dificultades de este proceso de negociación salten a la vista. El esbozo de diferentes perspectivas del problema da pie para considerar que cualquier lucha entre culturas, que se da en los términos de la intolerancia, es en sí misma destructiva»

Un mundo donde no se pueda expresar la libertad de pensamiento —siempre mediado por las diversas interpretaciones de la acción en ficción, religiosa o no, ideológica o no, literaria o no— será un ensalmo agusanado que ahoga su prédica en el vómito de su propia sangre: un mundo quejumbrosamente mudo o intolerablemente locuaz y parlanchín. 🗨️



# Querido lector (a)



Por Carlos Velázquez

Narrador y cuentista, Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 2018, autor de La Biblia Vaquera y El menonita zen  
@charlyfornicio

El oficio de la literatura es un camino arduo.

La mayoría de las veces suele ser bastante ingrato, aunque también obsequia algunas satisfacciones. Gracias a él he conocido a muchas personas que jamás se habrían cruzado conmigo si se me hubiera ocurrido dedicarme a la paleontología. Lectores como tú, y otros tantos, que me escriben por las redes sociales para manifestarme su cariño. Muestras de afecto que no estoy seguro de merecer, pero que agradezco en su inmensa generosidad.

Puedo sentirme afortunado de contar con un grupo fiel de seguidores. No pecaré de falsa modestia para decir que son cinco o seis, pero tampoco caeré en la pedantería de equipararme con J. J. Benítez. Lectores con los que he establecido cierta conexión. Que se identifican con los personajes de mis cuentos. Cuando comencé a escribir jamás pensé que algo así ocurriría. Que la gente me buscara para decirme que aman a mis criaturas tanto como yo.

Una de las satisfacciones más grandes que me ha dado la escritura es que personas que nunca habían leído se hayan acercado a la literatura a través de mis libros. El año pasado en la feria de Chihuahua un chavo me confesó que en su vida había asistido a la presentación de un libro. Que la mía era la primera. Y tenía más de treinta años. Los autores siempre anhelamos premios, buenas reseñas y que nos inviten a todos los festivales de literatura. Sin embargo, nada te llena más de orgullo que recibir esa clase de elogio.

Algo de lo que me he percatado, platicando con mis lectores, es que mi público no lo conforma únicamente el consumidor de literatura promedio. Muchos de mis lectores no compran libros de manera habitual. Ni están al tanto de lo que ocurre en el campo literario. Ni visitan librerías con frecuencia. Es un fenómeno que no puedo explicar. Estoy convencido de que si me hubiera propuesto provocar ese efecto no lo habría conseguido.

**“Eso que otros autores me hicieron sentir a mí ahora yo he podido hacérselo sentir a ustedes. Mientras esa cadena se mantenga viva, la literatura no morirá”**



Foto: Archivo Palabra

Me alegro que así sea. Ah, la bendita palabra y su misterio. En *El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco*, Bukowski asevera: “El mejor lector y el mejor ser humano son los que me recompensan con su ausencia”. Entiendo las reticencias del viejo Hank. Algunos lectores se han molestado conmigo porque no acepto la invitación a echar la chela. De mamón no me bajan. Pasan de la buena ondez a la mentada en segundos. Los escritores no siempre disponemos del tiempo que quisiéramos para responder a todos los mensajes. Pero con algunos lectores que he coincidido he establecido una relación sólida.

Con el tiempo he llegado a considerarlos mis amigos. Hemos acudido a conciertos juntos. Si hubiera adoptado la perspectiva de Bukowski esas personas no estarían en mi vida.

En el camino uno pierde y gana lectores. Algunos caminan contigo. Otros no. Es algo inevitable. Algunos lectores me han abordado en mis presentaciones para decirme que no les gustó tal o cual de mis libros. Aplaudo su sinceridad. Te mantiene con los pies en la tierra. Nunca echo los comentarios en saco roto. Al contrario. Me esfuerzo para reconquistar a ese mismo lector a mediano plazo.

La misión en adelante consiste en escribir un libro tan bueno que atraiga hasta al más escéptico.

Querido lector, yo también soy un lector. Y como tal me gusta crear lazos especiales con los libros. Conozco esa sensación. Y que tú establezcas vínculos de ese tipo con mis historias me hace sentir contento. Eso que otros autores me hicieron sentir a mí ahora yo he podido hacérselo sentir a ustedes. Mientras esa cadena se mantenga viva, la literatura no morirá. No importa que no pase por un momento de gran popularidad. No importa que los que nos dedicamos a escribir tengamos que partimos en dos. En tres, en cuatro. Para continuar en la tecladera.

Así que, querido lector, te dedico esta carta abierta, a ti y a todos mis otros lectores que no se cansan de echarme porras, para agradecerles por hacerme sentir cobijado. Desde que incursioné en la literatura han abundado los momentos difíciles. Ha sido duro, durísimo. Como lo es para la mayoría de los escritores. Han abundado las dudas, los tropiezos y las flaquezas. Pero saber que cuento con ustedes ha sido muy importante. En una época en la que el libro no atraviesa por su mejor momento es la mayor de las recompensas.

Querido lector, gracias por adoptarme, salud. 📖